

Se reúnen aquí los artículos que Matilde de la Torre publicara en *La Voz de Cantabria* narrando las incidencias del desplazamiento, así como el éxito obtenido en la primera presentación universitaria que el grupo folklórico Voces Cántabras llevara a cabo en 1932 en la Universidad inglesa, donde la *Baila de Ibio*, creación de Matilde con base en antiguas tradiciones montañesas, sonara con toda su fuerza céltica junto a otros himnos y tonadas de lo pueblos con los que estamos unidos firmemente en la larga noche de la historia.

Lectulandia

Matilde de la Torre

La Montaña en Inglaterra

ePub r1.0

Titivillus 14.07.18

Título original: *La Montaña en Inglaterra*
Matilde de la Torre, 1979

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prólogo

En los años cuarenta fallecía en un hospital de la capital azteca Matilde de la Torre, maestra, escritora y antigua diputado socialista por Asturias, aunque cántabra de nacimiento y residencia, pues lo era del pueblo de Cabezón de la Sal. Con ella se iba toda una vida: de la holgura económica a las estrecheces del exilio, de la juventud radiante a la triste ancianidad en solitario, de su brillante carrera política e intelectual a la decadencia de un espíritu fatigado por los avatares de la guerra civil y su posterior desenlace. Con Matilde de la Torre se iban de este mundo todas las esperanzas depositadas en la posibilidad de una evolución sin traumas dentro del ser humano, de la ascensión sin sangre del proletariado, de la utopía de una sociedad sin clases, armónica. De aquella Arcadia feliz, cuyos rayos tantas veces movieran la pluma de nuestra Matilde y de otro gran utopista cual fuera su amigo del alma el doctor don Enrique Diego Madrazo, fallecido unos años antes, cuando ya se aproximaba al centenario y después de haber sentido en su alma la garra rasgante de la bota, el cerrojo, la miseria.

La personalidad humana de Matilde de la Torre corresponde a esos seres privilegiados cuyo interior se encuentra marcado por un afán de conocimiento tal que resulta capaz de desviar la trayectoria natural impuesta por sus condicionamientos sociales y familiares, para penetrar ávidamente en un mundo cuyas características nunca hubieran sospechado. Matilde, la señorita Matilde, emparentada con los Gutiérrez Blanchard (prima de María Blanchard, la pintora) y con los De la Serna (prima política de Concha Espina y carnal de su marido) y con los Quirós (también prima del pintor Enrique Quirós), torció su carrera de joven deliciosa simplemente para convertirse en una deliciosa joven culta. Bello retrato el que de su presencia ha trazado su pariente Josefina de la Maza, transcurridos los años, en la biografía de Concha Espina:

«Una extraña visita, extraña en aquellos pagos pueblerinos, recibía mi madre todos, todos los días. Rara la visita y llena de encanto. Llegaba temprano, al empezar la tarde.

Si era día de sol, muchas veces al trote de su caballo, sonoro en el silencio de la villa, anunciaba de lejos la llegada. Echaba pie a tierra con mucho garbo y ataba las riendas en una argolla sujeta al muro, sobre el “cabalgador” de nuestra casa. El traje de montar ceñía un esbelto y, sobre todo, airoso talle de muchacha muy joven, alta, muy rubia, muy riente: también con los ojos azules de los Cueto.

Si era día de lluvia llegaba bien protegida por un impermeable, unos chanclos, un paraguas...

Tenía la muchacha una voz de cristal llena de inflexiones seductoras. Riendo con los ojos tan azules, riendo con la boca grande y expresiva, riendo con toda su

juventud espléndida, Matilde de la Torre y Cueto, prima de mi padre, no podía pasar la jornada sin llegarse a visitar a Concha Espina. La recuerdo desde lo más insignificante de mi infancia, como a una criatura luminosa, con aquella voz alta y vibrante, con su alegría y dinamismo, con sus ojos azules y, mil veces, con una rosa prendida en la cintura.

Era Matilde una muchacha inteligentísima y culta, valiente, que erguía el busto y la cabeza buscando algo en la vida. Como se había quedado huérfana, hacía su santa voluntad. Y era un escándalo para muchas señoras del pueblo que Matilde tuviese un compañero, o dos, que galopaban a su lado hasta llegar a Comillas, a Cabuérniga, a San Vicente de la Barquera, por los más prodigiosos caminos de la Montaña.»

Escasamente se puede barruntar que de esa joven liberada y muy suya descrita en Agua de nieve y la retratada por Josefina de la Maza, se llegaría a la líder socialista que en los años treinta se convierte Matilde de la Torre. Referido a los primeros tiempos, a los años veinte, posiblemente, dice la biógrafa familiar: «Sólo encima de un grave asunto discutían sin entenderse, y sin ceder ninguna, Concha Espina y Matilde de la Torre: era en la altísima cuestión religiosa. Se empeñaba mi madre en conseguir, para Matilde, la Luz. Dócil a todos los sentimientos nobles, la audaz amazona parecía que se dejaba convencer, algunas veces... Y Matilde cantaba la Salve todo el mes de mayo. Cuando llegaba su alta, deliciosa voz, al “vida y dulzura, esperanza nuestra...”, que ella decía “con amore”, lenta hasta la angustia, los audaces ojos azules siempre se llenaban de lágrimas. Y al domingo siguiente, Matilde no iba a misa... Concha Espina la disculpaba: es que “le había dolido mucho la cabeza”...».

—¿Siempre le duele los domingos? —insinuaba con intención “buena” alguna señora.

Esto era a la salida de misa, precisamente: mi madre apresuraba la despedida. Víctor, a su lado. Víctor, que creía en mi madre y quería a Matilde, comentaba con disgusto, ya emparejado del brazo maternal:

—¡Que siempre han de estar metiéndose con Matilde, con lo buena y lo lista que es!

—Pero, ¿por qué no ha venido a misa, como tú dices, con lo buena y lo lista que es?... En fin, no hagas caso, son cosucas de los pueblos, hijo.

Y, realmente, Matilde de la Torre era creyente, aunque no a la manera tradicional, porque no transigía con los aspectos externos de una religión llena de boato y ceremonia que encubre su servicio a los poderosos. Matilde era lo que pudiéramos llamar una cristiana avanzada, y trataba —más adelante, ya durante la República— de conjugar la doctrina socialista, el comunismo utópico, con el

cristianismo primitivo que para ella simbolizaba Jesucristo. Pío Muriedas suele contar una anécdota de la cual se considera testigo, sucedida en plena guerra, entre Matilde de la Torre y el periodista Javier Bueno, director del periódico Avance, que después sería fusilado. Matilde hablaba de Jesucristo como el «primer socialista», a lo cual el periodista asturiano contestó con la rotundidad que solía acostumbrar: «No me jodas, Matilde, que ése fue el culpable de todo el lío».

«Por el entonces en que vivió en nuestra casa —se refiere Josefina de la Maza a su estancia en los años diez— no tenía Matilde ni un adarme de socialista, aunque sí era “dura de pelar”, ¡durísima!, en la cuestión religiosa. Y ya hemos visto —finaliza— cómo entre la víspera de su muerte y el día de su muerte estuvo Cristo con su mano llagada sobre aquella frente en tortura. Matilde sonreía y tuvo un morir cristiano, que “toda su vida honra”.»

«Un día, Matilde se nos vino a nuestra casa madrileña. Llegaba... ¿de Cabezón de la Sal..., de Londres? Pues no: del Perú únicamente. Y es que se había casado con uno de nuestros primos. Sixto G. Cueto, que tenía —y Dios se las conserve amén— “placeres” y “venas” de oro, mucha labia dulzona y caediza como acostumbra la gente de allá, y muchísimo genio: la labia dulzona y caediza aburrió pronto a Matilde. Y como además ninguno de ellos era una malva que digamos, riñeron a poco de la boda los primos-esposos, y Matilde se volvió a España. “Pasó” por París, y en Madrid nos llenó la casa de perfumes, de “modelos”, de alegría y dinamismo.»

La experiencia amorosa insatisfactoria y su situación de mujer casada sin marido es lo que posiblemente arroja a Matilde de la Torre, como a tantas mujeres en su misma situación, en busca de unos horizontes más amplios que los cerrados por los prejuicios de una sociedad provinciana. Y tales horizontes, a veces, se encuentran alrededor de uno mismo, a la vera de personas que son capaces de contemplar los aspectos mundanos con una óptica diferente a la común.

* * *

1931: la República sorprende a Matilde de la Torre en medio de dos corrientes vitales bien distintas, que el doctor Madrazo —su querido amigo— podía de alguna manera compaginar: el interés por la ciencia con predominio de la razón y su entusiasmo por el vitalismo de la Naturaleza y el Hombre. A su edad, don Enrique aún tiene tiempo y humor para investigar y beber en las fuentes de la propia vida, con compañeras tan apasionadas del saber como Matilde de la Torre o jóvenes tan profundas como Hildegart Rodríguez, presentes ambas en el homenaje que el Ateneo Popular

dedicará el 14 de noviembre de 1931 al ilustre anciano, como desagravio por el atentado de que había sido objeto en su residencia de Vega de Pas.

Ambas mujeres coinciden con el doctor Madrazo en un entusiasmo por la utopía de una sociedad sin clases, repleta de hombres y mujeres embriagados por el sentimiento igualitario, donde la persona se encuentre sujeta a una evolución permanente camino de la perfección: «Para verificar la futura superhumanidad — escribe Matilde en su prólogo al libro del doctor Madrazo titulado Pedagogía y eugenesia— hace falta, ante todo, la superescuela. Y esta superescuela, en la que la ciencia se vuelve niña con los niños, joven con los jóvenes y dulce y grave con los viejos, es la obra fundamental del insigne doctor Madrazo». Su admiración hacia su anciano amigo es bien sabida, como lo patentiza en su introducción a un libro donde es admirable —dice— «la sencillez con que en él se conciertan la doctrina socialista, la pedagogía y la eugenesia».

No cabe duda de que las ideas sobre educación de una maestra tan peculiar como lo es Matilde de la Torre han de chocar en una época en la cual la teoría para justificar la escasa preparación de los enseñantes quedaba reducida al dicho de que «cada maestrillo tiene su librillo» y la aplicación de su pragmatismo eficaz venía respaldado por otro aforismo no menos contundente: la letra con sangre entra. En los artículos que siguen, escritos a comienzos del año 1932, Matilde deja una constancia bien clara de cuál es su idea acerca de la educación de los niños y el papel que juega la familia: «A los hijos hay que dejarlos algo más que dinero; hay que dejarlos el recuerdo de una infancia alegre. Los padres tienen una obligación principal, que es la que más se descuida: la obligación de hacer felices a sus hijos. Ya que los trajeron al mundo sin consultarlos, por lo menos no los entristezcan. Y para que los hijos sean felices, tienen que serlo los padres. La alegría es una disciplina social; acaso la más transcendental de todas». A la hora de matizar sobre su profesión, escribe en el prólogo citado: «Para los maestros actuales, en su mayoría aún, la educación del niño es un montón de libros. Para el gran pedagogo Madrazo, la educación del niño estará escrita en el gran libro de la Naturaleza. Ciencia es conocimiento. Aún podemos decir que no hemos comprendido esta frase, porque ciencia es hoy desconocimiento de la realidad viva en el primer sujeto de la ciencia: “el hombre mismo”».

Matilde de la Torre es una entusiasta de la política, militante socialista desde una óptica mucho más humanista que otras personas que solamente encuentran en el partido el vehículo para reivindicaciones de tipo social. Es difícil localizar a nuestra maestra dentro del retrato que referido a los años de la Segunda República dejaría hecho con rápidas pinceladas y enorme descuido su prima segunda, Josefina de la Maza: «Matilde de la Torre —escribía— llevaba a Londres los cánticos y bailes de la Montaña con éxito estupendo, dirigidos por ella: los había puesto un nombre, “Voces Cántabras”. Ella sabía ¡hace tantos años! lo que era la Baila de Ibio, famosa hoy en el mundo. Y todos nosotros tenemos resonante en el arca del pecho el son punzador,

lleno de un retumbe misterioso y hondo, de la caracola, el bígaro, a cuyo son se danza. ¡Si Ibio está ahí, mirando hacia la izquierda desde la solana de la casa de Luzmela! Ahí la Loma ingente, casi siempre tocada por la niebla; ahí está la cueva de las canciones; ahí lobos, osos y margaritas, según el tiempo “pinte”».

Pero ignora el papel de pensadora, de avanzada de la ciencia y de la política, que representa en la vida social de la Cantabria de anteguerra Matilde de la Torre. Es decir: sí le conocen, pero le infravaloran, le menosprecian desde la óptica familiar de mujeres de derechas de toda la vida, que no pueden comprender cómo alguien de su familia puede ser de izquierdas y líder. «Muchos años pasarán, muchos —escribe Josefina de la Maza— hasta que Matilde de la Torre formó entre las tres primeras diputados socialistas. ¿Socialista ella, pura criatura de aristocracia y selección?... ¡Bueno! Al poco tiempo, Matilde empezó a aburrirse de lo que no era en ella sino una “postura”». El desdén que se encierra en este escrito viene dado por el enfrentamiento que entrambas familias se produce, como se produciría entre muchas otras familias de toda España: significaba la contradicción latente entre aquellos que deseaban un progreso para su país y los que intentaban mantenerle en las tradiciones de siempre, en el aletargamiento de unos muchos dominados por unos pocos. Incluso, históricamente, no se le dio tiempo a Matilde para aburrirse del socialismo, porque la sublevación militar impedirá el desarrollo normal del período en las Cortes de la maestra de Cabezón de la Sal, diputado por Asturias porque nuestra provincia era tan reaccionaria que una mujer no hubiera salido elegida ni aunque se hubiera presentado como el portavoz idóneo de los intereses de las mujeres y de los trabajadores. Es injusto, además, recortar así la verdad de una persona que se había aproximado a las ideas igualitarias mucho tiempo antes y que había dejado hermosas palabras escritas acerca de su pensamiento socialista:

«Las doctrinas sociales como la socialista, comunista y anarquista —escribía en el libro del doctor Madrazo— serán un mito en sus anhelos de liberación absoluta y de confraternidad de la raza humana mientras esta raza no esté absolutamente preparada y “fundida” en una escuela de amor y comprensión mutua que haga ambiente la fraternidad universal.

A este fin sólo hay un sistema viable: la educación y la eugenesia. En nuestro absurdo sistema actual de “libertad civil” tratamos en vano de sembrar buenas semillas en malos terrenos. Vicios perpetuados en las estirpes raciales y taras fisiológicas propagadas sin escrúpulos, no son la mejor vereda para llegar a la felicidad social. Hoy es difícil hacer entrar esta verdad en la cabeza de los directores de pueblos, que creen haber cumplido ampliamente su misión cuando han cambiado un régimen político o introducido una nueva máquina en la industria. Pero no está lejano el tiempo en el que a raíz de la entrada en la vida de la primera generación educada conforme a las teorías de Madrazo, la eugenesia constituya el deber primordial humano y el sentimiento básico de la vida. Aunque la tarea parezca ahora

ruda, el éxito franco y absoluto de la gran empresa hará olvidar pronto la lucha. Porque el triunfo de la belleza humana no significará en suma sino el triunfo del instinto en toda su integridad de pervivencia y perfección.»

* * *

La guerra civil daría al traste con todas estas bellas teorías, al enfrentarse claramente sus protagonistas con la cruda realidad de unas personas que desencadenan conflictos bélicos cuando son incapaces de resistir la ascensión de los iguales; de esas «absurdas ideas de igualdad», que escribiría Concha Espina en su casa de Mazcuerras, en un diario donde ha dejado abundantes notas sobre su manera de enjuiciar a la mujer que antaño fuera su prima más cariñosa, la asidua visitante de la escritora que, ahora, caída en el centro de un rincón republicano, se sentía acosada en su soledad de mujer de sesenta años. Sus furias contra los milicianos tienen una descarga de fondo contra su propia prima, por ejemplo cuando escribe en su diario —Esclavitud y libertad—: «... el individuo recaudador se llama Mora, es natural de Ibio, pueblo de la zona del Concejón en este Ayuntamiento y que fue repatriado de Cuba hace años como alistado para el Tercio de Africa, sin que se presentara a cumplir su compromiso; optando por constituirse en organizador marxista, bajo la férula de una dama roja con arraigo en el valle, que vive de su sueldo de diputado por Asturias y trata de que no se le acabe la breva, estimulando a sus huestes para que confíen en la locura de la igualdad. El caso es que ella tiene servidumbre con uniforme y colonos y aparceros, a quienes explota cuanto le es posible. Se la conoce por doña Pulqueria. Parece que el tal Mora es hechura de esta mujer y cobra sus faenas».

La rabia contenida de una situación límite y singular se traduce en las líneas escritas a escondidas y que, unas veces por deformación de la realidad y otras por escasez de información exacta, desdicen cuanto en realidad está ocurriendo y se vuelven en contra de su autora. El 9 de agosto de 1936, la escritora anota en su diario: «La diputada roja de la villa ha huido desde Llanes en un avión francés que vino a traer las armas del Frente Popular “gabacho”... —para seguir el día 4 de septiembre—. Por orden de doña Pulqueria (aquí manda cualquiera), las mujeres de derechas están obligadas a hacer siete mil vendas en pocos días». Es suficiente, ya no volverá a citarla —ni siquiera con ese motete que ha inventado para ella— en el resto de tiempo que Santander permanecerá en manos de los republicanos: Matilde de la Torre permaneció entre Asturias y Santander todo el tiempo que el Norte se mantuvo en poder de los republicanos.

Perdida la guerra por los republicanos, Matilde queda internada en Francia con cientos de miles de españoles en similares condiciones a la suya. A la entrada de los nacionales en Cabezón de la Sal, su casa fue saqueada y la biblioteca incendiada;

igual sino corrieron las propiedades de su amigo el Dr. Madrazo, quien, debido a su ancianidad y a no haberse significado políticamente, quedó en la esperanza de que nada pudiera ocurrirle y, sin embargo, hubo de pasar unos años en la cárcel, de donde salió alrededor de los noventa, para morir en casa unos días más tarde. Matilde, como sus otros camaradas, perdió sus propiedades, pero salvó la vida: escritos como el de Concha Espina no hubieran beneficiado de ninguna manera a esta mujer, como tampoco beneficiaron a Jesús Otero y a Jesús Cancio, en Santillana del Mar y Comillas, respectivamente, las denuncias que en la Prensa hizo Maximiano García Venero y las apreciaciones que la propia escritora dejó en el mencionado diario.

«Se fue —tuvo que irse— por aquella época fuera de España. Y se murió en un hospital mejicano, abandonada de sus “correligionarios” y velada por una monjita de la Caridad que por casualidad adorable era de su mismo valle, de su Real Valle montañés. La monjita pidió ser ella quien asistiese a “la señorita Matilde”. Y con esa humilde audacia de las monjas, siguió el consejo teresiano: “Donde no haya amor, pongamos amor y sacaremos amor”. Y en amor de Dios se durmió para siempre Matilde de la Torre». Así solventa Josefina de la Maza un pasaje tan penoso de la vida de la diputado socialista por Asturias, eludiendo todas las referencias a las causas que la hicieron salir de España y buscando un final «feliz» para su vida de creyente heterodoxa.

Pero antes de llegar a este último momento, Matilde de la Torre tuvo que pasar un largo y doloroso periplo por Francia a la espera de que un medio de transporte la sacara hasta América de un país amenazado por la ocupación nazi; en medio de todo, las luchas intestinas de la emigración, las discrepancias entre sus compañeros del PSOE, el enfrentamiento por el poder en el Partido. Para quienes como Matilde no eran gente del aparato y se encontraban en la frontera de dos opciones de partido —la radical y la moderada—, todo eran largas para ver cumplida la hora del ansiado viaje allende los mares. Así, en el mes de mayo de 1940 parte en el vapor Cuba con otros mil quinientos refugiados hacia Santo Domingo, siendo rechazados en este país y posteriormente en Cuba, teniendo que dirigirse al final hacia Méjico. Era la última expedición colectiva que el SERE organizaba desde Francia y la mayor parte de tan mayoritaria expedición la componían internados procedentes de los campos de concentración de Vernet, Collioure, etc.

Además de la diputado socialista iba también el presidente del PSOE y de la UGT, Ramón González Peña; Luis G. Ubieta, jefe de la flota republicana; el abogado Demófilo de Buen; José I. Mantecón, ex gobernador general de Aragón..., y gran número de jóvenes que amenizaron las noches de tan costosa travesía con canciones de combate y de esperanza, como aquella que en tierras mexicanas llegó a interpretar, en función benéfica, el Orfeón salido de Vernet: España madre que ahora agonizas, resurgirás cristalina... El Gobierno mejicano, de tan cariñosa hospitalidad hacia los españoles huidos del franquismo, aceptó a esta expedición con algunas

reservas en cuanto a su asentamiento como inmigrantes. «Esos inconvenientes —dice un texto de La emigración española en 1939— estuvieron determinados por una fuerte campaña iniciada en México en contra de los pasajeros del Cuba, calificándolos de malhechores, maleantes y comunistas... extraídos de los campos de castigo de Francia, caracterizándolos como facinerosos. A ese grado —termina el texto— se llegaron a manejar las infamias».

Y tal atmósfera interior debió de repercutir en el carácter fuerte pero sentimental de Matilde de la Torre, quien sobrevivió muy poco tiempo a su amigo y maestro, el doctor Madrazo.

I

*A nuestra amada capital
montañesa.*

*Al inmenso «Pick», nuestro
paladín.*

*A Santiago Toca, nuestro
«claxon».*

*A Julián Royalty, nuestro
banquero.*

*A Valentín Azpilicueta, nuestro
fiador valeroso.*

¡¡Tierra inglesa!! ¡¡Folkestone!!

No la vemos, pero la presentimos. Las tinieblas que nos rodean sobre la cubierta del vaporcito que termina de atravesar el Canal de la Mancha, no nos permiten aún delinear el perfil de la costa. Pero sabemos que la tierra está allí, porque lejanas y vagas lucecitas nos lo anuncian; porque la campana del vapor ha tocado ya dos veces anunciando el arribo; porque el pasaje se reanima y se agita en los preparativos del desembarco. Damas que estaban acostadas en los divanes del salón, escondidos los rostros en los almohadones de plumas, se deciden a levantarse y echar una ojeada a sus equipajes esparcidos por el suelo; las camareras (enfermeras más bien) recogen palanganas y escupideras, seguras ya de que el mareo ha terminado... Eh, «Voces»...!! ¿Quién «ha cambiado la peseta»?

En la sombra de la cubierta van apareciendo los danzadores de «Voces Cántabras». Ninguno se ha mareado, aunque hay muchos que hoy han pisado por primera vez en su vida la cubierta de un barco. La curiosidad ardiente, la ansiedad, más bien, de este viaje fantástico, los ha mantenido despiertos contra el mareo. Yo voy creyendo, con algunas autoridades en la materia, que el mareo obedece en gran parte a factores psicológicos...

Una voz ruda, de campesino montañés, pregunta con cierta pena:

—Qué...! ¿Pero «ya se acabó» el Canal?

—¿Te ha parecido poco? —pregunto yo, que he venido bullida (y he obligado a zambullirse a todas las muchachas del Coro) en los divanes de la cámara.

Sin embargo, cuando arribamos al muelle, veo las caras lívidas de algunos que ya iban hincando el pico, pero cuya dignidad física se salva gracias a la rapidez de la travesía y al mimo con que nos ha tratado esta «Manga» marítima, tan temida por el turismo universal...

Bueno; permítanme una digresión. El prestigio de Inglaterra, bien ganado históricamente, está avalado por una circunstancia geográfica: es el único país de

Europa que «tiene atrio».

Un atrio ancho, profundo, amargo y molesto: el Canal de Mancha.

Para ir a cualquier otro país de Europa, bastan las virtudes pasivas de la paciencia y aun de la terquedad. Dejarse llevar, traqueteado por el movimiento desencuadrado y jacarandoso de las bielas, que con guasona seriedad y a fuerza de sacudidas, parones y arrastres, le van poniendo a uno ante las puertas de las Aduanas con maravillosa monotonía.

Para ir a Inglaterra no bastan ni la paciencia ni la terquedad. No basta el traqueteo isócrono del tren sempiterno y machacón. Hay un momento de novedad psicológica: aquel en que, apurada la tierra continental, nos encontramos con el mar. Una formidable manga de agua malhumorada siempre y turbulenta muchas veces; un obstáculo natural ante el que se estrellan las virtudes de la paciencia y aun de la terquedad y entra en acción un elemento nuevo: el heroísmo. Un heroísmo chiquitín, pero cierto: hay que «decidirse» a atravesar el Canal de la Mancha. Una decisión que lleva en sí un barniz tragicómico de náuseas previstas y vomitonas probables; una tenue sombra de riesgo vital que agranda el proyecto del viaje sacándole del cotidiano metrónomo del ferrocarril. Nadie habla nunca de marearse en el tren Santander-Bilbao-San Sebastián, aunque mucha gente eche los bofes en algunos de sus infernales trozos de recorrido. Pero no hay rubor ninguno en confesar que hemos visto el color de nuestra primera papilla sobre las aguas del Canal de la Mancha.

Bien: pues una nación que, como Inglaterra, somete a sus visitantes a la paliza previa del paso del Canal, es una nación de indiscutible prestigio. Todo huésped ha de confesar su debilidad física antes de pisar tierra inglesa. La soberbia Albión recibe a sus visitantes mareados y descoloridos con un gesto magnánimo de enfermera. Con la mano derecha les da el fuerte *shake-hand*,^[1] mientras con su izquierda les ofrece una raja de limón...

* * *

Folkestone!!

El barco atraca al mismo andén del ferrocarril.

Los «Voces Cántabras» se reúnen junto a la pasarela.

—Muchachos; estamos en Inglaterra!!

No todos ellos saben, geografía, y por eso le dan al hecho una importancia fantástica que los saca de la realidad y los lleva en seguida al desengaño.

—Ah, Inglaterra!! Pero...! Pero esto es un andén de ferrocarril! Y oso que está ahí parado es un tren de viajeros...!! Es igual que Francia!!

—Pues ¿qué creías, animal? ¿Que estábamos en las nubes del cielo? No hemos salido del globo terráqueo...! Pero esto es Inglaterra!!

Inútil. ¿Para qué discutir? Inglaterra se presentará sola.

En efecto. Pronto hay permiso de desembarcar y los «Voces» van desfilando por la pasarela. Pisamos la tierra inglesa y nos dirigimos al tren de Londres.

Venimos de rodar penosamente por los trenes franceses. Hemos molido nuestros huesos por muchos vagones de tercera clase, unos peores que otros, aunque ninguno de ellos peor que los españoles.

Hemos pasado noches sin dormir en los *sleeping-table* de la bella Europa occidental y en este momento las fuerzas de los montañeses están a punto de agotarse. Son las nueve y media de la noche del 31 de diciembre.

Aquel tren Folkestone-Londres es larguísimo. Debemos darle la vuelta para encontrar nuestro vagón de tercera clase...! Vaya! Tenemos el consuelo de que el recorrido es de dos horas escasas. Pocas son las malas habas! Animo y arriba, bravos «Voces Cántabras»! En Londres dormiremos, si Dios lo quiere!!

Subimos. Los que han arribado a los vagones se detienen sin dejar pasar a los que esperan abajo.

—Atrás! Nos hemos equivocado! Este vagón es de primera clase!

—Que no! Mira! Tres palos y además «Third Class»!!

—Atrás! Buscad otro! Estamos equivocados.

Pugilato entre los que quieren bajar y los que a todo trance quieren subir. En la pelea interviene un empleado. La duda se aclara: aquello es tercera clase, y el que lo dude, un tonto.

Arriba, pues!

Suben todos y se hace el silencio. Un silencio de estupor. Cómo! Pero ¿esto es «aquí» tercera clase?

Yo, con mucha seriedad:

—Ya os he dicho que estamos en Inglaterra!!

Los coches son de un lujo incomprensible para los españoles. Los pasillos, tapizados de linóleo; las maderas, de primoroso barnizado, y los bronce, bruñidos. Los departamentos son de seis asientos solamente, en divanes de terciopelo rojo. El acabado más perfecto en los cierres de las puertas, con lunas biseladas y topes de goma; suelos alfombrados; redes para equipajes, colgadores, ceniceros, luz graduable; calefacción de horno; ventiladores, persianas y cortinas como no las disfrutaban los viajeros de primera clase de nuestras africanas líneas españolas; servicios sanitarios de espléndida nitidez que no son ya modelo de higiene, sino de refinada coquetería doméstica...

Los pobres campesinos de «Voces Cántabras», que creyeron pasmarse ante el deficiente confort de las líneas francesas, comienzan a comprender que han entrado en un país excepcional. Se reparten por los departamentos, que son más bien estuches para joyas, y toman posesión de los mullidos divanes de terciopelo. Hay silencio grande. Nadie se atreve a comer, a pesar de que aún les quedan unas migajas de los «paniers» recibidos en París al mediodía... Un respeto absoluto a aquella esplendidez inglesa para con los «viajeros de tercera clase» les impide manchar los estuches con

migajas ni cáscaras de fruta. Pero tienen un medio elocuentísimo de agradecer al gran pueblo isleño su progreso señorial. Los «Voces» no han dormido en los trenes franceses. Y apenas descansan sus huesos en el vagón inglés de tercera, caen profundamente dormidos. Nadie puede imaginarse lo que es en la extrema fatiga de aquel viaje continental el hallar de pronto un rincón blando, limpio y caliente...

Sale el tren, que es de tracción eléctrica. Una cucharada de agua que se llevase en la mano no se derramaría en todo el trayecto; tan suave es el movimiento. Silencio absoluto en la locomoción; nada cruje; nada chirría... El arranque y la parada, la curva y el túnel no existen en la tracción perfecta y silenciosa de aquel tren que parece rodar sobre rieles de goma.

Es Inglaterra!!

En la acción sedante del medio yo también me duermo. Quiero sacudir mis nervios pensando en que vamos a Londres; en que dentro de minutos nos encontraremos en pleno campo de actuación folklórica... ¿Cómo nos recibirán? ¿Tendremos éxito? ¿Habrán recibido siquiera el telegrama de París anunciando que llegamos a las once y media? Porque hemos perdido el tren en que debíamos llegar esta tarde, y si no nos esperan...! Yo me considero ya incapaz de desenvolverme en Londres a las doce de la noche, con veintiocho personas a mi cargo, después de un viaje mortal de necesidad...

El tren fantasma se detiene en la penúltima estación. Me asomo y un resplandor lejano, que parece un amanecer, me dice que Londres está cerca...

Al reanudar la marcha, el resplandor crece por momentos: ya se distinguen luces sueltas en los arrabales. El tren amengua la velocidad silenciosa y comienza a sumergirse en la lechosa luminosidad de la neblina londinense, iluminada por millones de focos eléctricos...

Despierta el tren entero; nerviosismo incontenible; equipajes que cambian de mano en mano... Nadie sabe lo que coge ni de quién es; gritos de entusiasmo y de ansiedad...

Un andén inmenso ante el cual se desliza el tren largos minutos todavía... Un letrero luminoso:

LONDON
VICTORIA STATION

II

*A la eximia Coral de Santander,
que puso la excelsitud de su arte
al servicio del coro campesino
«Voces Cántabras».*

Como sobre un tope de goma elástica se detiene el tren fantasma. Un la enorme extensión del andén se pierden los grupos de viajeros... Yo voy asomada a la ventanilla, y, más despierta que las liebres, atisbo la multitud...

El ruido es amplio y sordo; mis oídos anhelan el sonido de las voces amigas que deben esperarnos; pero el denso runruneo de las conversaciones sólo ofrece el idioma inglés, hablado con la rapidez y el descuido de gente que no espera ser entendida por extranjeros...

Sufro un momento de ansiedad, ya casi desesperada... ¡Decididamente estamos solos... (¡continuamos «estando solos»!) y ahora enfrente de esta gran ciudad que es un amontonamiento formidable de diez o doce ciudades en masa!

Ya mi ánimo se prepara de nuevo y ante el obstáculo, esta vez ya desproporcionado con las fuerzas que pueden quedarme, me preparo, en un arrebato heroico, al asalto de la ingente fortaleza de piedra envuelta en la niebla deslumbradora de sus millones de luces.

(Nota: No tenemos dinero; sólo lo que cada coralista haya sacado de su casa; una reserva de mil pesetas que nos ha dado en Santander Julián Gutiérrez, el espléndido propietario del espléndido Hotel Royalty, además de no estar en nuestro poder, va ya menoscabada.)

Es decir, que, redondamente... no tenemos dinero...

Los infelices coralistas de «Voces Cántabras» se dan vaga cuenta del peligro, aunque no en toda su trágica extensión. Yo disimulo mi ansiedad en todo lo posible, gritando:

—¡A tierra, muchachos!... ¡¡Londres!! ¡¡«Voces Cántabras»!!

Es mi voz la que resuelve la nube. De un grupo lejano surgen unas figuras que se acercan corriendo...

—¡Ahó!... «Miss Mathilda». ¡Oh...! Las «Voces Cantábras»... ¡Aquí son los *spaniards*!

Nos rodean, nos separan... Cada «voces» queda envuelto en un grupo de gentes solícitas que les interrogan en un español pintoresco...

Pronto me veo estrechada con emoción por brazos cariñosos y saludada por un castellano correctísimo, archielegante aun en sus giros más familiares. El matrimonio Vicente y Rosa Barragán, ambos profesores de idioma y literatura españoles, ambos alma de esta embajada popular de la Montaña a Inglaterra, no se cansan de abrazarme

en una bienvenida que parece adivinar las fatigas del camino por donde hemos llegado a la gran ciudad inglesa...

—¡Bienvenidos, amigos! ¿Tenéis frío? ¿Tenéis hambre? ¿Tenéis sueño?...

—Teníamos todo eso y algo más; pero ya no tenemos nada; estamos listos y despiertos... ¡Gracias, gracias, gracias!...

Sí había porqué darlas. La efusión de aquella acogida hizo crecer nuestros corazones. Yo tenía ganas de llorar, pero, la verdad, eso de entrar en Londres llorando, y en la Noche Vieja, además, era una cosa abominable. Persuadida de la fealdad de mi emoción, decidí abandonarme alegremente al cálido «welcome» de aquella gente providencial. Las presentaciones se formalizaron un poco y comenzaron los nombres propios y los «shake hands» enérgicos:

—Mira, Mathilda... (Rosa Barragán, rusa, por cierto, comenzó a tutearme con el fino instinto que la avisaba de que necesitábamos confianza fraternal). Mira: este señor es Sir Douglas Kennedy, el director de la «English-Folk Dance». Miss Alford, secretaria de la Sociedad...

Siguieron las presentaciones con nombres de cuya importancia no me daba yo entonces cuenta plena... Gente que estaba allí, en la estación, a deshora, a recibarnos a nosotros, pobres aldeanos, y a las que luego vi en su verdadera personalidad de próceres de la intelectualidad inglesa...

Salimos a la calle envuelta en la luminosa ceguera de la niebla...

—A ver; ¿equipajes traéis? Vengan los talones... Aquí tenemos el autocar... Vayan subiendo, que hace frío... (Eran las doce menos cuarto de la noche).

Los «voces» fueron entrando en aquella mole rodante, y a medida que se asomaban a su interior iban demostrando su asombro.

—¡Vaya coche! Pero esto es precioso... ¡Y tiene calefacción! Arrea con el autocar... ¡Doña Matilde, asómese y mire esto!...

Yo no podía asomarme porque del grupo se había destacado un hombre que, saludándome en puro montañés, me estaba diciendo:

—¿Se acuerda usted de la noche del 14 de abril, cuando en la manifestación de Torrelavega la quitaron una banderita con los colores republicanos que agitaba usted en el aire con la mano izquierda? ¿Se acuerda cómo la buscaba y la reclamaba en medio del bullicio del triunfo? Pues no la podía usted encontrar porque la tenía yo guardada... Yo, que al día siguiente partía para Londres y quise traer la primera bandera de la República española... ¡Y la llevaba precisamente cogida de las manos de usted! Aquí, en Londres, en el Centro Español, está aquella banderita... Mañana la verá usted. Yo me llamo Diego de Cossío; soy montañés; vivo y trabajo en Londres; tengo a mi familia en Torrelavega, educando mis hijos en el ambiente español...

Yo le escucho con deleite... Recordé, en efecto, aquella fecha memorable del 14 de abril en la que el noble pueblo de Torrelavega, ardiendo en entusiasmo libertador, acogió mi presencia en la Plaza Mayor con una manifestación casi vesánica... ¡Cuántas cosas desde entonces! ¡Cuántos desengaños y luchas políticas habían

dividido después u aquella multitud entonces unánime en la explosión del republicanismo purísimo en su origen!

Vicente Barragán interrumpe, presentándome un matrimonio montañés:

—El señor y la señora Alonso...

Nada: instantáneamente íntimos amigos. Los Alonso eran de Torrelavega. (¡Ese maravilloso Torrelavega que tiene cónsules en todo el planeta...!)

La señora Alonso es de Campogiro; pero mejor todavía; esto borraba las diferencias de los equipos de fútbol santanderino y torrelaveguense...

De pronto, un poco de prisa. Barragán decide que hay que apresurarse porque faltan minutos para las doce y es Noche Vieja y hay que ver a esa hora «lo que pasa en Piccadilly»...

Obedecemos todos y subimos al autocar los que cabemos en él y a los taxis pequeños los que sobran...

Sí, es verdad que los muchachos tienen razón de asombrarse...

Es un magnífico autocar con todas las comodidades conocidas; butacas de terciopelo azul, para cuarenta plazas... El suelo tapizado, lunas a manigueta... El chófer va afuera, en una cabina construida sobre la mitad del *capot*, seccionado con ese fin...

¡¡En marcha hacia el corazón de Londres!!

Ya nadie tiene sueño. Los «voces» se hacen todos ojos mirando lo que se va presentando enfrente de ellos... Dentro del coche hay un silencio densísimo, como si se aprestaran a percibir toda la emoción de aquella entrada inolvidable...

¿Y cómo olvidarla jamás? Porque mucha gente ha entrado en Londres; pero no todos han entrado en pleno Reveillon, a las doce de la noche del 31 de diciembre.

El autocar camina despacio; cada vez más despacio porque a medida que va sumergiéndose en el resplandor de las luces, va navegando más difícilmente en el mar encrespado de la circulación londinense... El ruido crece sordamente; es tan compacto que no hay estridencia posible. Miles de automóviles se entrecruzan y se estancan en las anchas planicies de las encrucijadas urbanas...

Avanza un poco más el autocar y, de pronto, el resplandor que nos envuelve se convierte en una iluminación fantástica: filas apretadas de luces eléctricas de colores; cuadros de luz violeta, azul, roja, verde, blanca... Letreros, dibujos, surtidores, figuras de todas clases destacadas en líneas de fuego que corren por las fachadas, por los escaparates iluminados y abiertos, y suben hasta los tejados y se encienden y se apagan y cambian en mil cromatismos sorprendentes... Una colosal orgía de fuegos artificiales inextinguibles que estallan silenciosa y velozmente y ríen y guiñan y acrecientan a cada momento sus alardes deslumbradores, burlándose soberbiamente del asombro de los pobres aldeanos montañeses que van en aquel autocar...

—Pero, ¿qué es esto? ¿Es la Gloria? —pregunta de pronto uno que en la Montaña de Santander se creía un socarrón y se ha convertido en un niño de seis años.

—No —contesta Cossío con cierta indiferencia—. Es Piccadilly.

¡¡Piccadilly!!

Ya jamás olvidará este nombre fantástico aquella gente española. Siempre y durante su vida y durante la vida de sus hijos, a los que transmitirán más o menos defectuosamente aquella emoción, el nombre de Piccadilly significará una cosa que se puede confundir muy bien con la Gloria del Cielo y que se puede ver desde un autocar después de que se ha atravesado el siniestro Canal de la Mancha...

Ya vamos tan despacio que, en realidad, no percibimos casi la traslación. El amontonamiento de coches se ha agravado con la multitud de gentes que invaden no sólo las aceras, sino la plena calle; gente que se infiltra entre las ruedas y las ataraza con el precio de sus vidas ciudadanas...

Y un grito de sorpresa que surge en el autocar:

—¡Miren... miren! ¡La gente se besa! ¡Todos gritan!

Sí; la gente se besaba y gritaba... ¡¡Eran las doce de la Noche Vieja!! Londres, con sus ocho millones de habitantes, saludaba el nuevo año treinta y dos. ¡Un año que nosotros veíamos amanecer desde aquellas butacas de terciopelo del autocar! Bueno. ¿Pero es que alguno de nosotros, los montañeses expedicionarios, merecíamos aquella emoción magnífica? Nos achicamos en una modestia benemérita.

—¡Esto es demasiado bonito para nosotros! —declaró uno, ya redimido de orgullo—. Y de pronto, una inquietud nueva... Sobre el bullicio formidable, suena algo que no sabemos lo que es, pero que remueve las fibras de nuestra sensibilidad en una sensación de armonía sobrehumana...

—¿Qué suena? —preguntamos casi alarmados ante la nueva belleza.

Rosa Barragán explica sencillamente:

—Son las campanas de Westminster, que tocan la Noche Vieja...

III

Todos tendemos el oído a la música de bronce que llena los aires.

—Pero, ¿así tocan aquí las campanas?

Alguien responde que sí; que en Londres, como en París, las campanas suenan bellamente. Yo me abstraigo un minuto en el hecho trivial de que las campanas españolas sean las más destempladas del mundo. Y obtengo rápidamente la consecuencia de que es el ascetismo español histórico, fuerte y huraño, el que considera superflua la música de las campanas.

No puedo filosofar más sobre los «pájaros de bronce», que ahora suenan más intensamente.

—¡¡Trafalgar Square!! —exclama Cossío, con aire un poco dramático.

Una sacudida a nuestra ya fatigada sensibilidad. Un «voces», un abarquero que no sabe nada de Gravina, de Nelson ni de Villeneuve, dice sombríamente:

—Trafalgar Square... Ahí «venían» retratados los futbolistas la víspera de perder.

Yo disimulo el escalofrío que me producen sus palabras y afronto la idea para espantar el inquietante endriago de la derrota:

—Mirad: esos leones y esa estatua se fundieron con el hierro de los cañones españoles y franceses cogidos por Nelson en Trafalgar.

Miran. Algunos de estos «voces» han leído los *Episodios Nacionales* en la Casa del Pueblo de Cabezón de la Sal. Pero el momento es ajeno a la emoción patriótica. Después de todo, a los ingleses que saben poseer una ciudad como ésta, bien se les puede perdonar el que nos hayan cogido algunos cañones de más para adornar una plaza donde se retraten los españoles que llegan a Londres...

Rosa Barragán se impacienta un poco. Corre el cristal y habla al chófer:

—¿No puede acortar un poco el camino? Estos señores no han comido.

Indudablemente, al chófer le parece horrible eso de que no hayamos comido, porque en una maniobra más heroica que la del navío «Victory» en el propio Trafalgar, endereza la mole de su coche hacia una avenida que a nosotros nos parece imposible de salvar porque hay atravesados en ella más de cien coches y miles de personas. Pero la mole camionasca logra infiltrarse por aquel maremágnun y salimos a una vía menos congestionada. Todavía es imposible el correr; es decir: siempre es imposible el correr, pero ya se anda continuamente, aunque muy despacio...

Más calles, más plazas llenas de gente. Nadie quiere llegar a casa y todos los «voces» sienten cierto rencorcillo infantil hacia la madrecita Rosa, que los quiere llevar a cenar tan temprano...

Felizmente Londres es tan grande que, a pesar de la buena voluntad del chófer, que busca atajos y encrucijadas, aún seguimos rodando mucho tiempo por la ciudad fantástica. Y allá, más de la una de la madrugada, enfilamos una calle relativamente silenciosa en la que resplandece un gran letrero en luces rojas:

«MILLS' UNIVERSITY HOTEL».

Una escalinata de piedra da acceso a la planta baja, donde entra el Coro rendido de emociones.

* * *

El hotel de novela inglesa. El hotel descrito millares de veces por todos los novelistas modernos. El hotel adonde van a parar María y Aracil, los personajes de Baroja en *La Ciudad de la niebla*.

El *hall* alfombrado de rojo; los butacones de cuero, muy blandos y usados; la chimenea monumental en la que arde a toda vela un fuego familiar de leña seca... Una chimenea que en seguida llama mi atención porque no hace humo... En España todas las chimeneas hacen humo mientras no demuestren lo contrario. Son chimeneas de país meridional que consideran superflua su propia existencia y se descuidan en su cometido...

En las paredes, trofeos de caza: cabezas de ciervo, armas antiguas; jabalinas y lanzas indianas; sartenes de cobre bruñido; estatuillas de animales; un reloj monumental que señala la hora justa; cortinones de batista blanca bajo los de oscura tapicería... Una casa burguesa, en fin. Una casa de buen gusto; algo de arte en todo ello, y sobre todo ello resplandeciendo el cuidado, la intención, la preocupación más bien, de que todo sugiera la sensación del hogar.

Sí; es lógico. Los habitantes de Londres luchan contra el morbo feroz del anonimato en una ciudad monstruosa que aniquila lo individual. Londres «se traga» a sus habitantes; los funde; los digiere en su voracidad vertiginosa. Pero ellos, que conocen el dolor de la soledad absoluta en esta inmensa fragua donde se baten al rojo las actividades humanas, se defienden. Es la compasión hacia el hombre que trabaja solo en medio de esta vida amontonada, lo que ha hecho estos hoteles ingleses, incomprensibles en los países meridionales, donde la calle es más hogar que la casa.

En el *hall* nos esperan con curiosidad algunos huéspedes, que ya están un poco fatigados de la Noche Vieja celebrada en familia. Pero vienen unos *spaniards* y siempre será interesante el verlos...

Vicente Barragán, que se ha adelantado en un taxi pequeño, nos recrimina compasivamente:

—¡Pero cómo han tardado! Deben estar muertos de hambre... Vamos: Ya tienen la cena caliente dispuesta en su comedor.

En efecto: No sólo nos tienen preparada una cena magnífica a la una y media de la mañana (cosa escandalosa en la metódica vida familiar inglesa), sino que está servida en... ¡nuestro comedor! El «nuestro»; para nosotros solos.

Aquel hotel londinense es un mundo lleno de rincones gratos, de escalerillas tapizadas, de saloncitos escondidos, unos subterráneos, otros con luces a la calle; todos alfombrados, limpios, con su correspondiente chimenea monumental encendida

y sus arañas de luz eléctrica a toda luz... La temperatura dulce, sugiere la de esos viejos salones montañoses en los que el amo de la «casona» tiene su tertulia nocturna entre amigos cazadores y perros sabuesos calentándose a la lumbre.

Alrededor de las seis mesas se sientan los «voces» y nuestros amigos. Hay sopa caliente y vino de Rioja. El Coro, que viene de observar la ley seca en el trayecto francés, se regocija ante el vino español. Yo les hago observar que aquel obsequio es muy de estimar en Inglaterra, donde el vino es cosa de lujo desusado. Los manjares servidos sorprenden un poco a los «voces», pero los devoran con un hambre juvenil que lleva catorce horas de cultivo...

Al final se brinda por Inglaterra y por la República española en términos de familiar entusiasmo. Es Vicente Barragán el que alza primero su copa, diciendo:

—¡Por España! ¡Por Santander, la flor de España! ¡Por las «Voces» que nos envía Santander!

Nos conmovemos y damos los primeros gritos españoles. A pesar de que nuestro comedor está escondido Dios sabe dónde en la intrincada topografía del inmenso hotel, algunos huéspedes se enteran de que los españoles «han comenzado a actuar». Y, en efecto, se permiten el lujo inusitado entre ingleses, de ocupar pasillos y antesalas para escuchamos...

¡No hacen mal, de veras! Sin modestia... (¡señores, perdón! No tenemos cronista y es menester que yo diga las verdades por mucho que me halaguen). No hacen mal los ingleses en escuchar a los españoles. Los «voces» no se sientan después de los brindis; antes se ordenan por cuerdas y comienzan a cantar tonadas montañosas... ¡a cantar como no han cantado nunca; como seguirán cantando durante toda su estancia en Londres: con fervor, con emoción sagrada, con un orgullo místico que hace artistas a los más torpes! Dan a las canciones unos matices desconocidos por mí, que me he roto los cascos varios años en enseñarles a matizar sus tonadas...

* * *

Pero son las tres. Cossío, Elena Alonso y el matrimonio Barragán saben que en Londres hay que madrugar. Nos recuerdan cariñosamente nuestras obligaciones para el día siguiente... No; no hay descanso posible ya. El tren, fatalmente perdido en Hendaya al comienzo del viaje, ha retrasado en muchas horas la llegada a Londres. Las horas que el Coro tenía de descanso antes de actuar.

Es preciso, pues, acostarse para estirar los huesos antes de presentarse en la Universidad...

El Coro (¡feliz él mil veces!) oye esta palabra «Universidad» sin asustarse. Yo... (inconvenientes del prejuicio académico) tiemblo un poco...

Pero no importa. Lo que Dios quiera ha de ser. Por ahora... ¡¡a dormir nuestra primera noche londinense!!

En el *Office* nos cuelgan de la solapa unos medallones blancos que dicen: «E. F. D. S. —Spanish Dancers.—Mill's Hotel.—Gower St.»

Nos recomiendan que no salgamos a la calle sin este medalloncito, porque si nos perdemos, acaso fuera imposible el encontramos de otro modo.

Abrazos, adioses, acciones de gracias...

* * *

El Coro es seguro que duerme a pierna suelta repartido por este hotel que es una pequeña ciudad. Yo, sentada en una butaca, junto a la estufa de gas que calienta este cuartito confortable, tengo miedo de acostarme. Porque sé que difícilmente cogeré el sueño entre las preocupaciones que me asaltan... Porque temo soñar muchas cosas desagradables que acaso me amenazan en esta empresa que vamos salvando milagrosamente desde Santander... Porque la actuación de mañana, en la Universidad de Londres, me asusta francamente... ¡En las conversaciones con algunos miembros de la «English Folk Dance» que me han sido presentados he advertido la categoría prócer de esta institución...!!

Pero, por fin, el sueño me rinde y los dioses misericordiosos hacen que no sueñe nada y que la luz grisácea del alba en Londres me encuentre descansada y optimista.

Abajo suena el gong. Las ocho... ¡*Brekfast!*^[2]

IV

*Al doctor Madrazo:
Como empieza el triunfo, a usted
se lo brindo, amadísimo maestro.*

No hemos dado cuenta aún del jamón, los huevos fritos, el té, los pasteles y la mantequilla, cuando una «maid» coquetona me avisa de que me esperan en el *hall*. Me horroriza el recado porque yo hablo inglés como un marinero de Bilbao. Me apresuro a recomendar al Coro que abrevien el desayuno y se preparen al ensayo en la Universidad. Además, esta noche, en la misma Universidad se celebra el festival de honor que precede siempre a la presentación pública en Albert Hall. Es algo así como la «consagración» de los números que se ofrecerán oficialmente al gran público londinense.

«Voces» lo sabe, pero con desesperación mía justificada o no, parece no darle mayor importancia.

Cuando entro en el *hall* me esperan varios periodistas con aparatos fotográficos. Me interroga una dama que por lo que averiguo en seguida es toda una Lady Ward; contesto en un inglés roto y descacharrado que produce el asombro de mis interlocutores. Pero logran enterarse de algo y sus aparatos hacen el resto. Pronto observo que la conversación «pura» no es el mayor aliciente de los periodistas. Les interesa mucho más la figura de los «voces» que se van presentando en el *hall*, unos ya vestidos de blanco y otros con sus «monos» de mahón azul. Se obtienen fotografías en aquella semioscuridad y «sin fogonazo». Un procedimiento nuevo que nos sorprende.

La interviú se aclara y se ilustra con la llegada del matrimonio Barragán, los Cossío, el matrimonio Alonso y las secretarias de la «English Folk Dance» *ladies Moor* y *Alford*.

Pero, por fin, el sueño me rinde y los dioses misericordiosos hacen que no sueñe nada y que la luz grisácea del alba en Londres me encuentre descansada y optimista.

El autocar de la noche anterior nos espera a la puerta. Es el coche que la espléndida Sociedad Folklórica pone a nuestra disposición mientras permanezcamos en Londres.

* * *

Hace frío. Yo me siento poseída de un terror lleno de arrepentimiento. Pero ¿qué demonches he venido yo a hacer en Londres con esta gente de Cabezón?

A las diez de la mañana comienza el ensayo en la Universidad.

Y ahora explicaré un poco a mis lectores:

El festival folklórico de la «E. F. D. S.» reúne anualmente a todos los equipos folklóricos de Inglaterra. Tan es así que los dos festivales, el de la Universidad, el día primero de enero, y el de la Sociedad, el día 2, se llaman «All England Festival». Como la importancia nacional de estas fiestas es muy grande en aquel país que infunde grandiosidad a cuanto emprende, la ambición nobilísima de ser presentados en el Albert Hall hace que se inscriban como aspirantes a tal honor muchísimos equipos de todos los territorios ingleses. La selección se verifica a veces en octubre o noviembre; pero la verdadera «prueba final» es en la mañana del primero de enero en el Great Hall de la Universidad. Además de los equipos nacionales, la Sociedad Folklórica invita anualmente a una nación extranjera para que presente su «team» de folklore nacional.

Cuando llegamos a la Universidad, yo ya sé que la caída de la libra esterlina impidió la subvención que la Sociedad ofrecía a los equipos de Noruega y Rumania que debían actuar con España en este festival de 1932. La economía severísima que se impusieron todas las entidades inglesas frente a su peligro financiero nacional les hizo restringir sus invitaciones. A «Voces Cántabras» le cupo el honor de ser exceptuado de la medida extrema y se le invitó, brindándole la hospitalidad en Londres.

Cuando la Sociedad supo que el Gobierno de la República española subvencionaba el viaje correspondiendo a la invitación, se deshizo en alabanzas de esta generosidad que... (¿por qué no decirlo?)... ¡no esperaban! Ni Noruega ni Rumanía hicieron otro tanto. El arte científico del *Folk-lore* que Inglaterra estaba contenta de poseer sola en toda su importancia trascendental, vieron que era comprendido también y eficazísimamente por España, la nación calumniada como oscurantista e incomprensiva del progreso.

Estábamos, pues, nosotros solos como equipo extranjero. Pero había inscritos más de cuarenta equipos nacionales. En un festival de tres horas escasas, correspondía actuar a menos de DIEZ MINUTOS a cada uno...

* * *

Pero esto es la Universidad: un edificio formidable de formidable belleza. Esta Universidad londinense tiene muchos Colegios dispersos en la ciudad. Pero ninguno como esta Central de South Kensington, palacio magnífico del tipo característico inglés dieciochesco. La gran escalinata nos conduce al peristilo de columnas y entramos en los vestíbulos grandiosos que comunican con las naves catedralicias. La perspectiva se pierde en lejanías de ensueño por la semioscuridad de los enormes recintos iluminados solamente por las altísimas vidrieras policromadas.

Y entonces comienza para nosotros algo que revoluciona nuestras antiguas ideas

en cuanto a muchas cosas. Algo que nos arranca de nuestro musgo español para trasplantamos a aquella estufa de altos cultivos que es Inglaterra.

Y ello es que «esto» es una Universidad nacional. Que estos claustros grandiosos son la sede natural de las Ciencias y las Letras británicas. Que nosotros, los montañeses que Santander envía a Londres, estamos andando por estas naves enormes cuyos muros son bibliotecas abarrotadas de libros, de códices y documentos de todas clases... ¡¡Y no estamos aquí para escuchar una conferencia sobre las costumbres de los caracoles, sino que estamos siguiendo a los ujieres que nos llevan a nuestros... camerinos!!

A los chicos les llevan a su departamento de vestir: que es, ni más ni menos, un grandioso salón de la misma Biblioteca, tan abarrotado de libros como las naves anteriores. Y allí, en pleno reino de la Ciencia Universal, los «Voces Cántabras» deshacen sus paquetes de indumentaria folklórica y se adornan para las danzas montañesas.

A las muchachas se las conduce a los departamentos de la planta baja subterránea (porque no es propiamente sótano, sino magníficos salones, naves y galerías de piedra labrada primorosamente).

Allí, en aquellos departamentos de la Universidad, está todo preparado para el caso, como en el más coquetón teatro del mundo. Sólo que todo en carácter grandioso. La nave donde están los «camerinos» es mayor que una iglesia. Cada «tocador» está separado del contiguo por bastidores de madera bruñida, con perchas, estantes, espejos, mesitas de *toilette*. El suelo, alfombrado sobre la piedra; butacas de terciopelo rojo...

Muchas «nurses», con cofia de encaje blanco, están al servicio de las aldeanas, que se visten en aquellos gabinetes encantadores... Pero...

Pero ¿qué digo yo de aldeanas?

Aquí es preciso explicar algo que no comprendemos bien en España y que yo diré para ilustración de cárvos. Allí, en aquellos departamentos... ¡se visten relativamente pocas aldeanas, en el sentido que aquí le damos a la palabra! Allí, ayudadas por las «nurses», se adornan con galas campesinas muchas señoritas estudiantes de la Universidad y de los Colegios Mayores provinciales. De aquellos saloncitos subterráneos subirán luego al «último examen» equipos enteros de maestras, de profesoras de Academias científicas, de licenciadas en diversas Facultades...

Esto lo supimos nosotros más tarde... Lo supimos por la noche, cuando se celebró el Festival «All England University»...

Entonces, por la mañana, sólo hacíamos vestimos lo mejor posible y hacer acopio de optimismo y alegría para la prueba. Y creíamos realmente que los hombres vestidos de blanco (aprendimos allí que todos los campesinos del mundo se visten de blanco para danzar)...; que los hombres vestidos de blanco que encontrábamos por naves y salones eran aldeanos rudos como «el Redondo» o «el Tomaterín», dos de

nuestros más inestimables y amadísimos «voces»...

Y esto nos tranquilizaba. Todos «éramos iguales»...

Y cuando, dispersos cada grupo por una nave, por un rincón del claustro o por un salón de la Biblioteca inmensa se ponían a ensayar sus danzas... ¡comenzamos a recibir nuestras primeras lecciones de folklore universal y a estimar en su justo valor nuestra aportación española! Mas no sin hacer esta exclamación generosa, que expresaba nuestro sentir:

—¡Pero qué elegancia tan extraordinaria tienen estos campesinos ingleses! ¡¡Pero qué música la de sus flautas campestres y qué suave el sonido de estos tambores!! ¿De dónde vendrán esos pasos de ligereza casi ingrátida, esas actitudes tan finas, esos movimientos de danza estilizada hasta donde nosotros no podemos alcanzar siquiera?

Pero... ¡no teníamos miedo ya! Aquel folklore de los ingleses era distinto del nuestro. Estaban «más adelantados» que nosotros, pero era... «otra cosa»... otra cosa...!!

Lo que yo más temía, que era la amalgama, la similitud absoluta que, en caso de haber existido, nos hubiera colocado en situación de inferioridad verdadera, pues «aquello» que ellos presentaban era matemáticamente perfecto... no existió, felizmente para nosotros. De hacer lo mismo que ellos, no habiéramos resistido la comparación. La «Sociedad Folklórica Inglesa» es lo bastante seria como Arte y como Ciencia para no tolerar imperfecciones en su excogitación de elementos...

* * *

La Prensa universal nos acechaba por claustros y salones. Entramos en el Great Hall, entonces vacío, y sobre la tribuna presidencial, más de veinte fotógrafos tenían montadas sus baterías. Hicieron «posar» a «Voces Cántabras», suplicándole «una figura sola»... Mucha prisa... mucha. ¡Disputaban aquellos señores de una manera que nos alarmaba...! ¡Una «foto» a cada grupo! ¡Hala! ¡¡Pronto!!

Pero, bueno... ¿Comenzamos a alabarnos o qué? ¿Se permite? ¡¡Pues allá va, qué demonches!!

A «Voces» le hicieron más de veinte fotografías. Ante sus «poses» se acabó la prisa, aunque las disputas reporteriles no se acababan.

Posó el equipo montañés para toda la Prensa del mundo. Los instrumentos, sobre todo el «bígaro», comenzó su labor de asombrar a todo bicho viviente... A Sotero, el «voces» que le toca (y uno de los hombres de peor genio del planeta), le «obtenían» a todas las luces y en todas las posturas; de frente, de canto, de perfil, de espalda, sentado, de pie... No se cansaban de él. Si sale allí el plesiosauro, no les asombra más...

V

Como usted conoce el escenario, siga brindándole los laureles a usted, doctor Madrazo, maestro de energía.

Son las dos de la tarde del 2 de enero de 1932. Después del almuerzo, el Coro está reunido en su salón de ensayos. (Nota: No sólo tenemos un comedor para nosotros solos, sino un salón «también nuestro». Espacioso, confortable, con un hermoso piano a nuestra disposición. La Sociedad Folklórica ha provisto de todo con una munificencia fantástica...)

Yo, que ya voy creyendo en el éxito de esta noche en el Great Hall de la Universidad, encuentro bien el que los muchachos se marchen en el autocar que tienen siempre a la puerta, a dar un paseo por Londres. Pero nuestros amigos los ingleses y españoles que nos cuidan con solicitud casi angustiosa, se oponen a ello. Vicente Barragán, alma de nuestro optimismo y clave de nuestra empresa, acaba de entrar en el salón con un paquete con etiqueta de farmacia:

—A ver, «voces»... Tomen esto... Vayan a sus habitaciones y fróntense bien y tiéndanse luego a descansar... Es una embrocación especial encargada para ustedes todos; hace falta estar ágil y fuerte en las danzas. Y para usted, Matilde, estas pastillas; está usted muy acatarrada... No se mueva de la estufa hasta la noche.

Los «voces» son como niños. No sólo cogen la embrocación y la destapan y la huelen, atribuyéndole ya todas las virtudes gimnásticas, sino que, contagiados de aquella cariñosa aprensión de nuestros amigos, se sienten también muy acatarrados y piden pastillas para la tos...

Las cinco y media. ¡¡Al coche!!

Ya vamos retrasados, porque el festival universitario comienza a las seis y solamente el viaje dura media hora. Pero hubo que tomar el té, y este rito es bastante complicado en Inglaterra.

Cuando entramos en la rotonda de la Universidad, no la conocemos; tal está de resplandeciente. Ante la escalinata monumental se detienen constantemente lujosos autos, que van dejando gente vestida de etiqueta.

Allá adentro, el Great Hall es como un ascua de luz.

Ya estamos ante la puerta del salón, en el gran vestíbulo de mármol blanco. La función ha comenzado hace un cuarto de hora, pero nuestra entrada tiene su minuto señalado en el programa, y ha de ser necesariamente a las 6,46 p. m.... Y como nos vamos acostumbrando a la exactitud inglesa, estamos dispuestos hace ya unos minutos...

Las muchachucas dan el último toque al pañolín que llevan en la cabeza; los

muchachos se estiran las fajas y los puños... Están muy orondos porque estrenan unos trajes de lana blanca que hemos comprado en Santander (y nos vamos a ver negros para poderlos pagar...). El abanderado se hace un taco arreglando los pliegues de la bandera, porque quiere que se vea el letrero de los Picayos de la Virgen del Campo, que dice:

*Abranse las puertas de oro
y los candados de plata...*

Todos tararean tenuemente el tono que les da el diapasón para la canción de entrada... Adentro del Hall suenan aplausos. Son equipos ingleses que están actuando...

Por la gran cancela de cristales vemos a ráfagas algo del aspecto imponente de la sala; pero no podemos acechar, porque hay ujieres de seriedad espantosa que cierran las puertas a cada entrada de invitados...

A nuestro alrededor están nuestros amigos. Rosa Barragán, la madrecita del Coro, advierte que estamos alterados y acude a su castellana literario-infantil para decirnos con acento entrañable:

—No se «estremezcan»... No se «estremezcan»... El éxito de ustedes es seguro. Yo he oído los comentarios de esta mañana en el ensayo. Sir Douglas Kennedy dijo muchas veces al verlos danzar: «¡Vonderful... vonderful...!». Y los ingleses no mienten sus sentimientos...

No tuvimos entonces tiempo de darte las gracias, querida Rosa, porque miss Alford, la elegante y bella secretaria de la «E. F. D. S.» se acercó precipitadamente:

—¡Ahora... las «Voses»...! ¡Toquen las «tambourines»...!

Vamos aprendiendo inglés y rompen a tocar las panderetas...

¡¡Adentro el Coro...!!

Pero el Coro entra solo, porque a mí me cogen por los brazos miss Alford y mistres Kennedy y... me llevan con ellas por otra parte. Yo me defiendo:

—Pero... ¡Pero si yo quiero salir con ese Coro, «que es mío»...! ¡Pero...! ¡Pero si yo «tengo que salir con él»...!

¡Que si quieres! No sólo no me comprenden, sino que ni me escuchan. Sólo me llevan en volandas por una nave lateral. Yo, angustiada ante la cruel separación de mis huestes, me dejo arrastrar por un espacio libre, interminable, que me conduce a la cabeza del Hall, donde está la tribuna presidencial de la magnífica fiesta...

Miss Alford camina velozmente, tropezando, pidiendo perdones y abriéndome paso a mí, que voy recalcitrando, queriendo todavía unirme a mi pobre Coro, que ya ha entrado solo en el área terrible del salón...

Cuando llegamos a la cabecera del recinto se me indica una silla. Una silla de la primera fila, bajo la tribuna presidencial: el lugar de honor que se nos ha destinado. Todas las sillas están vacías y yo ocupo la primera...

Me siento sin ver a nadie, sin responder casi a los saludos... Sólo tengo ojos para mirar hacia allá abajo y veo cómo, perdido en la inmensidad del *stadium*, viene un Coro chiquitín que indudablemente debe ser el mío, cantando a todo cantar al son de las panderetas con la insolencia de un grillo en un palacio real. Allí viene desplegada la bandera blanca que, en efecto, ha abierto estas «puertas de oro» a su pueblo natal... ¡¡Bravo Coro chiquitín que viene cantando una copla genuinamente montañesa por el Great Hall de la Universidad de Londres!!

Los danzadores muy serios y estirados en el centro del grupo parecen darse cuenta del momento histórico. Sotero, que desde por la mañana está ya convencido del prestigio invencible de su bígaro, le lleva en alto, junto a la boca, como si fuera a dar órdenes con su horrisono ronquido. El «Ché», un ex marinero que ha corrido muchas tormentas en los mares, avizora las lejanías de la inmensa sala como si temiera una galerna. El «Boterín», modelo de disciplinado entusiasmo, está densamente pálido: es el capitán de la *Baila de Ibio* y sabe de su terrible responsabilidad... En cambio, Julián, el abarquero, y Enrique, el «Boterín chico», sonríen llenos de fanfarronería: son los más elegantes danzadores del Coro y tienen un orgullo inacabable; están seguros de... «quedarse solos»...

El Coro llega al centro del Hall y se detiene en el lugar señalado por los directores del espectáculo. Las muchachas se colocan en fila y, más serenas que una noche de luna, comienzan a cantar *La danza del romance*...

Los danzadores toman sus posiciones y suenan las castañuelas...

* * *

¿Para qué hablar del éxito en ovaciones? Sí, fue grande. Un éxito, además, de calidad inestimable. Aquel tribunal supremo de *Folk-lore* dijo que estaba bien lo que ofrecíamos y lo dijo de manera inolvidable...

Verdaderamente: cuanto sucedió después en aquel salón gigantesco fue ya demasiado para nosotros y para nuestra obra. No; de veras: por muy bien que se dance la *Baila de Ibio*; por mucha gallardía que se haya puesto en la *Danza del Romance* (a la que un crítico llamó «*spécimen* de la gracia y el fuego español»); por muy terriblemente que sonara el bígaro en aquel recinto del arte, la ciencia y la elegancia; por muy bronco que tronara el tambor y por muy afinadamente que cantaran las muchachucas de «Voces Cántabras»... fue aquél demasiado homenaje para nosotros. Por eso se lo entregamos a la ciudad de Santander y a la provincia y aun a España; para que se lo repartan y aún les sobraré orgullo a todo el mapa...

Cuando terminó la primera parte de la actuación española, la presidencia hizo un silencio y un entreacto (allí no se hacen entreactos; todo va seguido) y Douglas Kennedy pronunció un discurso en nuestro honor. Pero... ¡¡si nosotros no traemos nada donde llevar tanta alabanza, señor!! ¡¡Si basta con los aplausos tempestuosos de

ese público selecto que llena el salón!!

Mas a la Sociedad Folklórica inglesa no le bastó el éxito en palmadas. Quiso subrayarlo con generosidad desmedida y en el discurso del director de la «English Folk Dance and Song Society» se usó un lenguaje tan halagüeño para nuestra Patria, para nuestra República española que... ¡allí hubiera yo querido ver a Marcelino Domingo y a Fernando de los Ríos, y decirles: ¿Veis como hicisteis muy bien en concedernos quince mil «franciscas» para el viaje? Escuchad, ilustres españoles, cómo os alaban desde esa presidencia universitaria... Ahí están diciendo que vuestro gesto revela una ciudadanía universal. Dicen que la República española es un modelo de comprensión que ha ofrecido al folklore mundial unos documentos inéditos de valor indiscutible!! Os dan las gracias con emoción verdadera. ¡Y suena repetidas veces el nombre de Santander, poseedor de estas bellezas!... ¡Y el nombre humildísimo de un pueblecito montañés: Cabezón de la Sal!... ¡Suena aquí... suena en alabanzas acaso inmerecidas!

Pero he aquí que ahora la presidencia me llama a mí. Yo no he danzado ni cantado. No he hecho otra labor que temblar. Pero este temblor debe ser otro mérito folklórico para esta Sociedad, porque de repente llueve sobre mí una granizada de alabanzas, unas más inmerecidas que otras. Subo a la tribuna en medio de una ovación absolutamente desproporcionada con mi estatura física y espiritual. Y me entregan un regalo para «Voces Cántabras»: un magnífico álbum de Londres en tres tomos monumentales, de edición de lujo... La tronada de aplausos se repite... Los «voces», emocionados, casi lloran...

¡Pero, señores, si «esto» no es mío! ¡¡Si es riqueza del pueblo español, que posee esto y mucho más!! ¡¡Si a quien se debe de aplaudir y alentar es al pueblo soberano, que, a despecho de miserias e injusticias, todavía danza en España y canta y conserva los picayos y el bígaro y las marzas!!

VI

A Manuel Soler, nuestro admirable «dictador».

A Mariano Lastra, que no admite la teoría de lo imposible.

«Voces Cántabras» ocupa ya su lugar de invitado de honor. Es la cabecera del Hall. Detrás de nosotros está la tribuna presidencial; delante, el área encerada del salón donde continúa la fiesta con las danzas del *folk-lore* inglés.

El programa señala entre estas danzas las llamadas «Morris Dances»^[3], «Country Dances»^[4] y «Sword Dances»^[5]. Todos los equipos que se presentan vienen contrastados y enviados por las «Branches» o sucursales de la «English Folk Dance Society» de Londres. Es una institución con ramificaciones en toda la nación; sucursales que rebuscan, perfeccionan y aquilatan el valor de los hallazgos folklóricos que les van ofreciendo los diferentes pueblecitos de Inglaterra, Gales, Escocia, Irlanda, islas adyacentes, etc. Su investigación llega hasta las danzas norteamericanas y canadienses, que son admitidas al concurso nacional como aportaciones al folklore inglés.

Cada «número» está anunciado en el programa con el país de su procedencia y unos renglones acerca del origen y significado de la danza. Así nos vamos enterando de que Cambridge Branch nos envía dos «Countrys Dances» tituladas *The First of April* y *The Touchstone* y una «Morris Dance» llamada *Old Hoddon of Fawsley*. Oxford Branch manda dos temas que presentan una «Morris Dance» llamada *Sheperd's Hey* y una «Sword Dance» llamada *North Skelton*.

London presenta muchas danzas también. Son danzas «ya asimiladas» por la Central Folklórica que las cultiva personalmente por medio de sus propios socios londinenses.

En todas estas danzas afirmamos aún más el sentimiento de admiración que nos produce su precisión matemática. Más que danzas folklóricas son danzas académicas. Ya cuando aparecen en la «arena» los equipos, vamos aprendiendo a observar la condición social de sus componentes. Si son campesinos, son, desde luego, de primera calidad en su educación. Pero en general pertenecen a clases sociales más espiritualizadas. En muchas de estas danzas nos chocaba ver bailar a señoras de las que aquí llamamos francamente viejas, y que allí, felizmente para todos, no se deciden a serlo.

Y en efecto, no lo eran. Sus cabellos encanecidos y noblemente mostrados en su respetable antigüedad, hacían contraste enorme con los movimientos de estas simpáticas danzadoras, todas ágiles, elegantes y sencillas. Ninguna coquetería necia en sus danzas. Interpretan una danza popular y nada más: como si interpretaran al

piano una sonata de su autor favorito. El ridículo, arma pobre de los pueblos pobres, no es admitido en el ambiente de proceridad inglesa que ha tomado en serio su folklore como una de las bases más firmes de la Etnografía. Y la sencilla nobleza del ademán inglés al danzar sus danzas folklóricas equivale al ademán de quien se sentara a un escritorio para demostrar una tesis histórica.

Observé con íntimo orgullo que «Voces Cántabras» se sentía subyugado por aquel elevado sentimiento que irradiaba de la gran fiesta inglesa. Al ver aparecer en la arena los primeros viejos, nadie sonrió siquiera. Tan fuera de la pobreza espiritual española se encontraban que todo lo hallaban natural. Sus observaciones eran puramente «técnicas».

—¡Qué bien danzan esos señores! Mire aquella pareja... ¡Deben de ser los dos profesores de algo!

Esto lo dijeron nuestros campesinos. Y en tan sencillas palabras hay un mundo de «civilización latente». Sí. Campesinos que de repente saben «comprender» aquello sin ridiculizarlo, es gente que debe enorgullecer a su país natal. La frase «deben ser profesores de algo» me impresionó profundamente. Porque era conceder, desde luego, que aquellos señores de cabeza cana no eran profesores de aquel baile, sino de otra cosa: de «algo» que sin tener nada que ver con aquel baile, le ennoblecía, sin embargo; le justificaba como documento de belleza... Y aquellos «profesores de algo» ostentaban a los ojos de nuestros montañeses un mérito académico más, precisamente porque danzaban...

En efecto: en el programa en inglés, que nuestros «voces» no podían entender, estaba esta danza señalada con el número 11 y unas notas aclaratorias que dicen cómo fue descubierta en documentos del siglo XVIII y reconstruida según los dibujos hallados y algunos datos recogidos en la aldea de Hight Arcol, Shropshire, en 1682.

Claro es que la labor de «descubrir» y reconstruir esta danza no significaría entre nosotros, los españoles, que aún tenemos tantas cosas esenciales por descubrir y reconstruir, más que un pasatiempo reprobable para las «personas sensatas». Las personas sensatas ofrecen entre nosotros características limitadas e insalvables y se distinguen de las personas insensatas en que emplean sus ocios en jugar al tresillo, criticar al prójimo y lamentarse de lo mucho que llueve. Los que pasando de los cuarenta años no se encajan en ese molde, ya se sabe que están chiflados. Pues... Y si además se les viera ocupados en descubrir y reconstruir una danza del siglo XVIII... ¿qué pasaría? Acaso los manicomios serían agrandados por suscripción pública.

* * *

Las danzas inglesas tienen, como dije, una característica general de danzas supercivilizadas. El equipo, por lo regular compuesto de tres a cuatro parejas, danza al son de una flauta o de un violín, y el ritmo lo señala a veces (no todas) un

tamborcito golpeado suave y discretamente. No hay redoble. El golpe al parche marca el tiempo simple. El paso de los danzadores sigue ese ritmo moderado y las figuras son sencillas. Por lo general, la danza se desenvuelve destacándose los elementos por separado: primero salen las mujeres y dan una vuelta alrededor de los hombres; luego son éstos los que repiten la figura alrededor de ellas. Algunas mudanzas en las que estos movimientos se combinan con mucha sencillez y, a veces, al final, hay una figura en la que las parejas danzan y al pasar se cogen del brazo como en las antiguas danzas de salón llamadas «Virginias». Por cierto que las actuales danzas inglesas ofrecen realmente mucha similitud con dichas «Virginias». Acaso (yo no lo sé absolutamente) la «Virginia» es baile procedente de la propia Virginia en Norteamérica, donde se conservaría llevada por los primeros pobladores ingleses que, como se sabe, eran gente de la buena sociedad inglesa, desterrada por motivos políticos en sus primeras emigraciones. En este caso, los restos de la «Virginia» de salón que yo creí observar en las danzas folklóricas inglesas serían en realidad pertenecientes a la danza inglesa, emigrada a Norteamérica en los siglos XVI y XVII y luego reinmigrada a su antigua metrópoli como danza campesina folklórica...

Las «Swords Dances» o «Danzas de Espadas» tienen alguna similitud con nuestras «Bailas» de palos. Y, por cierto, que en Burgos hay una danza de espadas que danzan unos muchachos vestidos de pajes con dalmáticas de terciopelo rojo y que es aún más parecida a la «Sword Dance» inglesa.

Pero hay algo que también separa estas dos danzas, y es su característica inglesa de perfeccionamiento en los pasos. Me explicaré de nuevo, porque es algo difícil de entender «por escrito»: ello es que la «Danza de Espadas» inglesa ofrece una «perfección técnica» que en España no se conoce.

En las danzas, los pasos no están casi a capricho de cada bailarín, como sucede en las danzas españolas (en las que yo conozco, claro es). Los españoles ejecutan sus movimientos con fuego más bien instintivo; es el redoble rabioso del tambor el que levanta sus pies del suelo y agita sus cuerpos en el aire. El repique de castañuelas y la excitación del clarinete o del requinto o de las panderetas, acaba de animar su danza, que adquiere caracteres terriblemente autóctonos de pueblo céltico, moro o sencillamente mudéjar.

Los danzadores españoles no miden el suelo por pulgadas, sino por «alientos» (que diríamos en términos de «bell canto»). Por eso la individualidad se destaca enormemente en un equipo de danzantes. Y uno baila muchísimo mejor que el otro con un abismo de diferencia.

En las danzas inglesas el «team» es completo y perfecto. El suelo es herido por el pie con precisión absoluta; al centímetro. El ritmo suave y lento del tambor deja que sea el pie del danzador el que borde el redoble. Y en las «Danzas de Espadas», en efecto, se verifica este «bordado». Los movimientos de los pies son cuidadísimos en su igualdad. Todos repican a la vez y todos verifican el mismo juego de tobillo, punta

y tacón. Es algo académico, pero bellísimo en su alarde de agilidad y precisión.

Por esto, los Picayos, por ejemplo, no serán nunca una danza inglesa, ni alemana, ni francesa: son una danza «española por excelencia». Tienen algo de rito sagrado, pero infinitamente más de documento etnográfico; un equipo de «picayos» es todo un código racial: En aquellos danzadores fuertes, ágiles, solemnes y «desiguales» está escrita la idiosincrasia española. Cada «picayo» presume por su propia cuenta. Es cierto que todos llevan los brazos en alto y que todos marcan el compás con los pies. Pero esto es «elementalmente», en un principio de ritmo imprescindible para la danza. Mas, por lo que toca a la preocupación por el conjunto, no existe. Se baila por rito sagrado, por imperativos ancestrales; es un movimiento casi *primígeno* el que informa estos bailes rurales españoles que «siempre significan algo más importante que la danza misma». Mientras en las danzas inglesas, el significado es acaso menos trascendental pero la técnica es más perfecta.

Por esto, una de las características que más chocaban en nuestras danzas a los miembros de la «E. F. D. S.» era lo que ellos llamaban «el significado social y sexual». Decía un crítico (Mr. Everill) que las danzas presentadas por nosotros «acusaban siempre la diferencia entre hombres y mujeres», señalándoles papel distinto en la orquestrica general. Mientras en las danzas inglesas, la agilidad, elegancia y precisión son por igual exigidas a hombres y mujeres que danzan los mismos pasos (excepto la Danza de Espadas que es siempre de hombres solos), dan los mismos saltos y verifican idénticas figuras con el solo fin aparente de embellecer la orquestrica humana con movimientos de bella gimnástica griega.

VII

A la benemérita Coral de Camargo y a los Coros Parayas, que de diferentes modos alentaron esta empresa.

En un ángulo del Salón está la orquesta. ¿Cómo? ¿Una orquesta en un festival folklórico? Sí, señores, y además... ¡encargada de interpretar las melodías de las danzas populares! Ciertamente es que las danzas llevan cada una sus instrumentos más o menos pastoriles; pero la gran orquesta allí instalada conoce ya esas melodías que le han sido previamente enviadas con unos días de antelación por los respectivos equipos folklóricos. La música ha sido interpretada ya por los técnicos profesionales y nos encontramos la maravilla de una sonoridad y una perfección absolutas, en el conjunto de los danzadores y los músicos. No por esto cesan de sonar los instrumentos rurales y así pervive el violín que toca a la vez que la orquesta y la flauta y el tambor dulcifican aún más sus sonidos en el conjunto orquestal.

En principio yo no alabo esta tendencia artística. La orquesta es cierto que embellece la solemnidad folklórica, pero la resta en cierto modo su característica de ingenuidad campesina. Pero no dejo de comprender también que esta decisión inglesa de prestar al Folklore todos los medios de expresión técnica que le perfeccionen y le amplifiquen se parece, en cierto modo, a la acción del historiador que presta las galas de la literatura a la simple tradición del pueblo. El cuidar y pulir la melodía primitiva rural equivale entonces a la traducción y pulimento de los documentos bárbaros cuya ortografía y estilo no responden ya a la comprensión estética del nuevo tiempo...

* * *

Mas he aquí que en el *stadium* aparece algo curioso. Hasta ahora las danzas han ofrecido cierta semejanza en su desarrollo. Casi todas ellas terminan con el elegante ademán de las parejas que, colocadas enfrente, como al principio de la danza, se hacen una reverencia final, estrictamente cortesana, dieciochesca. Uno de los detalles que más contribuyen a la similitud de las danzas inglesas entre sí es la carencia de traje nacional en Inglaterra. No existiendo esa pintoresca diversidad de trajes regionales que en otros pueblos de Europa subrayan la etnografía, los equipos de danzadores ingleses limitan sus medios decorativos a presentarse con traje uniforme y unicolor. Los hombres generalmente de blanco, con pantalón de lana y camisa de seda blanca o con calzón negro y medias blancas. Cruzan el tórax con bandas de colores y algunas borlas de cintas; también llevan faja estrecha de colores. Las

mujeres visten de un solo color cada equipo, y sus trajes, desde luego, son sencillísimos. Lo único que destaca en ellos es el color que se procura sea muy vivo y así los equipos se distinguen por las muchachas del uno que visten de verde claro, mientras las del otro visten de azul o de amarillo o de rojo...

La policromía de los trajes españoles del Norte, con sus sayas plegadas airosamente, sus corpiños negros y sus pañolines de colores, llamó mucho la atención por su significado etnográfico documental.

Pero dije que se presentaba algo nuevo; es un equipo de muchachos de la Isla de Man. Son escolares de doce a dieciséis años que vienen a bailar a Londres dirigidos por su maestro, el director de la Escuela Elemental de Ramsay. Este maestro de Ramsay se distingue de la totalidad de los maestros españoles de todas las escuelas, sean elementales o superiores, en que él... ¡también danza! Danza con sus discípulos y seguramente es suya, de su investigación científica, esta hermosa *Danza de los reyes de Man*, que interpretan sus alumnos mientras él toca el violín alrededor de ellos, vestido de «zorromoco»... ¡Por cierto! que en esta danza (que es una variante de la *Danza de las espadas*), el violinista, por ritual imprescindible de la danza, cae muerto al final en el centro del círculo hecho con las espadas de sus alumnos...

Pero hay algo más; aparece otro zorromoco, que es una mujer vestida arbitrariamente de criolla o algo así, con muselinas muy destrozadas, pamelas de flores en la cabeza y un cestillo en la mano... ¡Esta mujer (muy guapa, por cierto) es la esposa del maestro director de la Danza y director de la Escuela!...

Terminada la *Danza de los reyes de Man*... danza el maestro solo. Es una hermosa figura la de este hombre, que luce su arte lleno de dignidad en su versión de las antiguas costumbres festivas. No es hombre joven ya este Mr. Arnold; la expresión de su rostro es bondadosa, pero severa... Seguramente que sus alumnos se resisten al deber ritual de matarle cuando es preciso... Pero... Pero ¿es que alguien sonríe aquí ante ninguna posibilidad irónica? Y ahora... ahora lo más hermoso del programa del «team» de la isla de Man: La *Danza del puñal del rey de Man*.

Sale a bailar un niño solo, uno de los escolares de Ramsay. Tendrá sus quince años y su figura en verdad sugiere la idea de un príncipe de leyenda. Lleva en las manos juntas una pequeña espada a la que contempla con adoración. Por lo explicado a mi alrededor, se trata de mimar las sensaciones de entusiasmo del joven ante su primera espada. Y danza el «niño príncipe» al son de una música melancólica, pero de ritmo claro, que toca un violín y subraya la gran orquesta. Los pasos de la danza son de una elegancia extrema y el escolar les presta aún más gallardía con la firmeza de su gimnástica impecable. Luego que ha contemplado un rato su espada elevada por sus manos en el aire, la deposita reverentemente en la tierra y danza a su alrededor en varias posturas: con los brazos cruzados, a semejanza de la clásica «jiga» inglesa; en pasos más grandes y ligeros que terminan con una exagerada reverencia, inclinándose hacia la tierra como si fuera a besar la espada (y éste debe ser el significado de aquella difícilísima figura en la que el muchacho parece perder

absolutamente el equilibrio, amenazando con caer en tierra)... Por fin se inclina y recoge de nuevo su espada, a la que vuelve a contemplar; vuelve a dejarla en el suelo y termina arrodillándose reverentemente ante ella en un último salto de gran elegancia.

* * *

Pero ahora... a los «voces» nos llaman. No es que vayamos a actuar de nuevo, pues hasta las 9,30 p. m. estamos libres. Es que... nos llaman al «buffet». En efecto, en uno de los grandes claustros han dispuesto mesas con refrescos, y allí nos llevan los secretarios de la mirífica «E. F. D. S.»...

Hay vino, emparedados de jamón con mantequilla y perejil (cosa que sorprende atrozmente a los «voces»... ¡Pero se lo comen todo en un alarde de cosmopolitismo alimenticio que les honra mucho!)... Mucho té y exquisitos «keikes» y «plumpuddings»... ¡La verdad es que a nosotros nunca nos han tratado así en ninguna parte y mucho tememos que jamás nos volverán a tratar tampoco! ¡Con la de estofados soeces que ilustran nuestros recuerdos artísticos de los pueblucos españoles donde hasta ahora hemos «actuado»...!

En fin, toda comparación es odiosa. Nadie es profeta en su patria y, además, no todas las patrias tienen posibilidad de ofrecer emparedados de jamón en dulce y vinos de Porto y Madeira a sus equipos de danzantes.

Y en esto que los «voces» se animan y empiezan las primeras coplas sueltas y suenan el pito y el tamboril...

Pues señor, el pito y el tamboril algo deben tener de «grande». Porque de pronto, y al terminar el primer baile de «a lo alto», la bella miss Alford dice que ella quiere «bailar aquello». Y lo quiere bailar con Julián el abarquero, del cual ella no sabe nada como artista de la madera, pero sí de sus dotes de bailaror, al que ha observado atentamente...

Julián, contentísimo ante tal honor, sale a bailar con la encantadora secretaria, y ¡allí vierais un montañés con gracia, estilo y galantería! Miss Alford, mucho más enterada del folklore español de lo que nosotros suponíamos, rompió a bailar con inesperada maestría. Conoce la jota aragonesa, y poco le costó, especializada como está en investigaciones folklóricas de danzas, el «coger» los pasos del baile montañés. Sobre todo a la entrada en el «baile a lo alto» o «mudada», su gesto tuvo extraordinaria gracia y simpatía. No podía prever las mudanzas y sorpresas de Julián, pero también es verdad que él hizo todo lo posible porque ella se luciese... ¡Era algo único el ver al joven abarquero de Ontoria animar a miss Alford con gritos, olés y flores rústicas a granel!

Ella adivinaba hasta qué punto la galantería de su pareja la guiaba en el baile, y con ligereza y acierto notabilísimos seguía las inspiraciones del montañés. El final de

la «mudada», con sus giros rápidos y su sesgo último, fueron previstos por la encantadora inglesa, que, entre los aplausos entusiastas de los espectadores, terminó gallardamente su baile, sin consentir que Julián «se la pegase» en modo alguno... ¡Bien es verdad que Julián demostró allí ser un maestro de baile capaz de enseñar a bailar a la estatua de Nelson!

* * *

Las diez de la noche.

El Gran Festival de la Universidad ha terminado. «Voces Cántabras» presentó su último número, la *Baila de los mayos y las mayas*. No hay para qué insistir en los aplausos del selecto público del Great Hall de la Universidad. Sólo diré, para orgullo de nuestra Montaña, que las actuaciones de los equipos, reducidas por razones de tiempo irrebasable a diez minutos cada uno, fueron ampliadas para «Voces Cántabras»...

El programa para el Albert Hall «se hace aquella noche en la Universidad». Alrededor nuestro, secretarios y socios de la «E. F. D. S.» acoplan los números para mañana y tratan de incluir cuantas danzas pueden de las nuestras... Por fin se acuerda que «Voces» presente mañana en el Albert Hall CINCO de sus danzas: la *Baila de Ibio*, la *Danza del Romance*, los *Picayos de la Virgen del Campo en Cabezón de la Sal*, el baile montañés *A lo alto y a lo bajo* y un número de canciones...

* * *

Las once de la noche...

El inmenso hotel está en silencio y todo «voces» está recogido. Pero... Pero así como la primera noche yo estoy segura que todos durmieron, ahora lo estoy de que no duermen. Porque debe pasarles lo que a mí, que creo que duermo y que sueño todas estas cosas y que dentro de horas o minutos me despertaré en Cabezón, entre pozas y chismorreos «políticos»... Sin embargo, una idea clara y vigorosa me trae a la realidad:

«Mañana»... ¡¡al Albert Hall!!

VIII

A Vicente Barragán, que debería ser hijo adoptivo de Santander.

La peregrinación nuestra buscando la entrada del Albert Hall me recordó la que se sufre en las Plazas de Todos buscando la puerta correspondiente a nuestra localidad... Es aquello tan descomunadamente grande que nuestros guías (llevamos ocho o diez «prácticos» en nuestro viaje circular) tardan muchos minutos en «dar» con la puerta precisa.

Por fin encontramos un conserje que, haciendo un hueco en sus quehaceres de señalar caminos y determinar escaleras a otras muchísimas personas que le preguntan, nos atiende a nosotros. Y nos endereza por un vestíbulo de la planta baja al final del cual hay una escalinata que nos lleva a un gran paseo de rotonda. Allí, otro conserje nos indica un ancho pasadizo en declive y por él descendemos suavemente a los departamentos subterráneos del grandioso circo. Las proporciones de aquellas dependencias son tan gigantescas como corresponde al edificio. Paredes y suelos de piedra dan idea de la fortaleza de sus cimientos. Cuando hemos andado algunos minutos por aquellas laberínticas encrucijadas, antesalas y pasillos, comenzamos a ver sobre unas puertas altas, algunos letreros que dicen «ARENA».

Comprendemos que aquella «arena» es el escenario donde vamos a actuar dentro de media hora...

A medida que descendemos, vamos hallando a nuestros compañeros de la víspera en la Universidad. Pero los miembros de la «E. F. D. S.» nos conducen solos hasta nuestros departamentos. No sabemos bien cuántos salones de piedra hemos atravesado en nuestro viaje por aquellas dependencias, pero al fin, Mrs. Kennedy en persona nos hace entrar en un salón tocador donde observamos las mismas comodidades que en las dependencias de la Universidad. Los suelos están alfombrados; hay butacas cómodas, espejos y tocadores... Designan un salón para los hombres y otro para las mujeres, además de un departamento intermedio en el que, a media fiesta, nos han de ofrecer un refresco de pastas, vinos y emparedados, y en el que recibiremos las visitas si es que merecemos que nos las hagan.

Mrs. Kennedy, la esposa del director de la Sociedad, es una dama de cultura extremada y de exquisita cortesía. Lleva un traje que me choca un poco porque en seguida advierto que es igual al de las danzadoras del *Running Set*, danza tomada en los montes Apalaches de Norteamérica por Cecil Sharp House, primer fundador de la «E. F. D. S.»...

No tengo mucho tiempo de entretenerme en averiguar la causa de que Mrs. Kennedy use traje de danza folklórica porque en aquel momento aparece el propio Sir Douglas Kennedy vestido de aldeano inglés del siglo XVIII, con calzón negro, medias

blancas y camisa cruzada por bandas de colores...

Lo primero que me pregunta con su afectuosa sonrisa es si yo no he traído mi traje regional...

Me quedé un poco turulata y confieso que no.

—Pero usted debe salir conmigo a la arena... Encabezamos los dos la procesión de entrada a la fiesta... ¿No sería usted tan amable que se pusiera un pañuelo por la cabeza como sus jóvenes compañeras las montañesas?

Ya sé por Miss Alford que mi traje gris en aquella arena desentonará terriblemente. Pero... ¡Pero si yo sólo tengo otro traje de chaqueta como éste, sólo que azul marino!

Bueno: todos se resignan a que yo sea un borrón de indumentaria en aquella brillante exposición de trajes campesinos de época. Por mi parte accedo a ponerme un pañuelo blanco por la cabeza y el resultado es la figura más incongruente del mundo, porque la verdad es que yo llevo gafas muy gordas, traje de chaqueta gris y pañuelo a la cabeza. Convencida con cierta tristeza de que estoy «handicap» de estética individual, y de que no será esta noche cuando haga la conquista de ningún marido millonario, me resigno con mi suerte.

Es ya la hora y salimos todos a los pasillos interiores que van subiendo en suaves rampas hasta el nivel de la ARENA...

Y observo entonces que hay nerviosismo...

Pero no en nosotros, que nos hemos ensoberbecido de manera atroz desde la víspera. Observo, con un poco de inquietud, que los nerviosos son los directivos de la Sociedad Folklórica, los cuales van y vienen inspeccionando los grupos, rectificando órdenes de colocación, echando incluso algunas reprimendas a determinadas personas de la dependencia.

Los «voces», que se han pasado la tarde paseando por Londres en automóvil, están descansados y alegres. Todos sus afanes se dedican a trabar conversación con los escolares de Man y los Highlanders^[6], que lucen su hermosa figura en un grupo de militar rigidez...

Vienen Miss Alford y Rosa Barragán:

—¡A ver... los «voces»... asómense ahora para ver la Sala!

Resulta que se teme que el aspecto del formidable Circo nos sobrecoja demasiado y se trata de que le «echemos un vistazo» antes, para que aprendamos dónde está «nuestro sitio»...

En efecto: Nos asomamos y... ¡¡en verdad tenían razón al prevenirnos!!

* * *

El grosor formidable de los muros; la aptitud de las dependencias y la profundidad de los caminos de rotonda, no dejaban pasar el más leve ruido a lo que pudiéramos

llamar «los bastidores»...

Así, cuando Miss Moore y Sir Douglas Kennedy nos hicieron asomarnos a la desembocadura de la rampa de entrada, nuestra admiración fue enorme...

Ante nuestros ojos, que miraban a lo alto con pasmo verdadero, se ofrecía algo así como un pozo inmensamente alto y ancho... Un poco arquitectónico que, si bien por su estructura recordaba las Plazas de Toros, por su esplendidez no se parecía a nada del mundo... El ambiente era el runruneo de una colmena...

El salón del Albert Hall es una elipse, no una circunferencia. Una elipse cerrada y cubierta por seis pisos de palcos y «promenades» y una cúpula suntuosa. La decoración de aquella sala corresponde a cuanto se puede esperar de la magnificencia de Inglaterra en los tiempos de la Reina Victoria y en un edificio levantado expresamente en homenaje del Príncipe consorte y en halago de la enamorada Reina...

Es, no un teatro, sino una sala de conciertos: la mayor del mundo como tal. Si desde afuera la mole del edificio es ya prometedora del gran lujo interior, la suntuosidad del Salón sobrepasaba con mucho a la idea que se lleve de lo que puede ser un teatro bien decorado... Las maderas preciosas, los bronce, los tapices del suelo, el adorno riquísimo de los muros y de la espléndida cúpula que remata airoosamente aquella sala maravillosa, aleja toda similitud, ya ni siquiera arquitectónica, con Plazas de Toros ni Circos de ningún género. El órgano magnífico, instalado frente a los palcos oficiales, ocupa todo un sector de la gigantesca elipse. La pista o ARENA, como la llaman allí, está cubierta de tapiz rojo. En el centro han dibujado un círculo blanco para que los equipos danzadores no se descentren y lleguen siempre a la mitad de la Arena. Habla Kennedy, diciéndome:

—Mande a los danzadores que lleguen al círculo blanco y dancen frente a aquel palco un poco a la izquierda de la orquesta. Allí está la Embajada española.

Nos señalan luego nuestro lugar, que, como en la Universidad, es el de invitados de honor: dos primeras filas de sillas en la tribuna baja inmediata a la escalinata de descenso a la Arena... (Nota: todas las sillas y mobiliario del Albert Hall son de muelles y tapizadas de cuero rojo). La iluminación tiene una característica: no es «escandalosa»; es elegante. No hallo otra palabra para dar idea de aquella luz suave que viene de innumerables pantallas esmeriladas y de muchas arañas de cristal suspendidas de la cúpula. Una luz que parece dejar en una semipenumbra los pisos de palcos, en los que rebrillan pecheras blancas, joyas y bronce destacándose en suave luminosidad...

En cambio, la Arena, por combinación especial en aquella elipse, está perfectamente iluminada y el rojo tapiz que la cubre se destaca en sus más finos dibujos...

Un lleno completo. Un lleno de esos que hace ya mucho tiempo no reúnen con ningún motivo artístico las empresas de espectáculos. La crisis mundial hace que la gente empobrecida prescindiera en primer término de sus diversiones.

Pero este teatro está en Londres, donde, como en otras grandes ciudades del mundo, siempre hay un sector social que puede burlar relativamente las crisis más agudas. Y es ese sector social de la riqueza y del arte el que esta noche se congrega aquí, en el Albert Hall, para ver la Fiesta Folklórica anual que celebra el 2 de enero la «English Folk Dance Society»...

Nosotros recordamos que en España un festival folklórico no es capaz de sacar de su casa a nadie en una noche de enero ni en una noche de julio. El folklore, el «sabor del pueblo», no interesa en nuestra Patria amada. Esta «E. F. D. S.» inglesa, con sus ocho mil socios londinenses, en su mayor parte gente de letras, de ciencias y de dinero; con su cuota de una guinea por socio; con sus sucursales en todo el reino; con sus miembros de honor en las naciones de la Europa civilizada... no se comprende aún en España.

Pero yo tengo la seguridad de que se comprenderá ahora. Instrucción Pública está ya «sobre ello» y el pueblo va a abrir los ojos sobre lo que vale y significa su arte y su sabor; y cuando el pueblo se entere de su importancia como elemento básico de la cultura universal... ¡no se repetirá jamás el episodio de Castilblanco! El cultivo de la sensibilidad estética del pueblo es la mejor seguridad de su ciudadanía.

* * *

Todo esto lo discurro yo ahora, no entonces, porque no tenía tiempo. Sólo tenía... «miedo». ¿Miedo de qué? No lo sé. La vista de aquella inmensa Arena sobre la cual se habían de destacar, sin defensa ninguna, los valores del folklore montañés, me estremeció.

No había allí la defensa del telón del teatro (defensa que tanto amenaza «echarnos a perder» en nuestra honradez folklórica)... No había «bastidores» donde disimular la ayuda que se les presta a los elementos actuantes en la escena...

Instintivamente miro detrás de mí buscando la expresión del rostro en los «voces». Pero no leo nada: ni ánimo ni miedo. Todos están atónitos mirando hacia arriba, hacia los lados, en un asombro tan perfecto que casi me tranquilizo. Pienso que ellos, juzgándose huéspedes de otro planeta, no se preocuparán demasiado del público que les rodea...

Sin embargo, uno de ellos rompe a hablar, y, despacio, como si dijera las palabras a su pesar, exclama humildemente:

—¡Y pensar que «esto» lo ve un «tiuco» de Vernejo...!!

IX

*A Douglas Kennedy, ciudadano
benemérito del Mundo del Arte y
de la Ciencia.*

¡La hora!

La hora exacta: Las 8,15 p. m.

En el último ramal de la rampa ascendente están ya alineados todos los elementos que han de dar el máximo esplendor a la gran fiesta: unas cuatrocientas personas entre todos.

Hay silencio ahora, de manera que «ya» se oye la voz de Kennedy, que vuelto a ellos desde la gran puerta de acceso a la escalinata que desemboca en la Arena, dice sola y solemnemente:

—¡Orden! ¡Animo!

Kennedy y yo estamos a la cabeza de los «Voces», que forman el primer equipo del desfile. El ilustre director de la «E. F. D. S.» me toma de la mano y enfilamos la escalinata. En la otra mano, que lleva en alto, porta Kennedy un bastoncito pequeño, especie de cetro de ébano rematado en un anagrama de metal dorado compuesto por seis espaditas cruzadas tal como quedan en una de las más bellas figuras de la «Sword Dance». Aquél es el «signo» de la Sociedad Folklórica.

* * *

El área de luz... ¡La Arena!

El deslumbramiento ante la inmensa sala elíptica y la emoción de aquella salva de aplausos con que se nos acoge...

Por lo que toca a Mr. Kennedy, se los tiene bien ganados en muchos años de trabajo científico; por lo que toca a mí son de cortés y calurosa bienvenida como es natural en este pueblo generoso... Sin embargo, también me consta que la actuación de la víspera en la Universidad avala estos aplausos como una reiteración del éxito académico. Lo justo es decirlo así.

Detrás de nosotros vienen los «Voces» en doble fila cantando al son de las panderetas. El primer abanderado porta la bandera de España; el segundo, la bandera blanca del Coro... Detrás de los «Voces» vienen los demás «teams».

Marchamos muy despacio por la orilla de la Arena, junto a las barandillas de las tribunas bajas. Al cerrar la primera vuelta nos desplazamos más hacia el centro para ir doblando la gran fila que marcha detrás de nosotros... Poco a poco, la fila se va triplicando y cuadruplicando con los equipos que surgen siempre por la escalinata de

acceso. Cada uno entra tocando sus instrumentos y cantando sus canciones...

Y cuando Mr. Kennedy y yo, cerrando cada vez más la vuelta, estamos ya en el centro mismo de la Arena y todo el salón cuajado de músicas y colores en un fantástico abigarramiento... ¡desembocan por la escalinata los Highlanders...!

Todos los cantos y sonidos se apagan a la entrada de las cornamusas en el disorde concierto de aquella apoteosis folklórica. En la Arena, enmudecida de pronto, el silencio se deja penetrar por el lamento agudo de aquellos instrumentos pastoriles que tienen todo el prestigio de un trágico heroísmo... Es aquel lamento una evocación de las montañas del Highland; es también la sugestión de Waterloo... Y es, sobre todo esto, el triunfo de los sentidos corporales en el acorde estético, absoluto y rotundo de aquella música anárquica, dulce y bravía, con las espléndidas figuras de los *highlanders* en sus trajes nacionales... ¡Esos trajes de gallardía única en el mundo porque son el trasunto fiel del antiguo soldado de la Roma de los Césares!

Y al son de las cornamusas marchan, en efecto, ocho soldados del London Scottish Regiment que acaban de abandonar la rigidez de su cuartel militar para presentar en este festival la magnificencia de sus cantos y danzas montañosas...

(Nota para el señor Azaña: Perdón, mi general civil; pero... ¿no sería hermoso el que también nosotros tuviéramos un regimiento de gallegos —pinto el caso—, o de asturianos, o de maragatos que llevasen al Ejército, con la unidad regional de sus ideales y de sus añoranzas, el sonido de sus instrumentos campesinos y montaraces y que... de vez en cuando tomasen parte en los grandes festivales con un carácter algo más simpático que el sempiterno, sudoroso y polvoriento de... «cubrir la carrera»? ¿Perdería con eso algo la unidad de la patria o la marcialidad del Ejército? Perdón de nuevo, mi general civil... Pero es que todo cuanto yo vi allí de bello y de armónico hubiera deseado traerlo para acá... ¡Trasplantarlo en el procedimiento sólo, claro es; porque en plantas que cultivar somos aún más ricos nosotros!)

* * *

La ovación del público que, en homenaje a las diversas regiones allí representadas, no ha cesado durante todo el bellísimo desfile, se redobla a la aparición de los Highlanders... ¡Y es de ver cómo aplauden los demás equipos y cómo se emocionan los «voces» ante aquella cosa nueva que no estuvo anoche en la Universidad!

Pero en medio del entusiasmo, Douglas Kennedy levanta su cetro en el aire y enmudecen las cornamusas y cesan los aplausos...

La muchedumbre folklórica y los espectadores atienden a lo que va a suceder. Y lo que sucede es muy sencillo:

Es que a una señal del director Kennedy, la gran orquesta del Albert Hall situada bajo el palco de la presidencia, rompe a tocar el himno inglés.

Es un momento de emoción sentimental que sustituye instantáneamente al

entusiasmo de hace un momento... Miles de voces comienzan a cantar solemnemente la grave y despaciosa melodía del *God save the King*... Himno litúrgico más que canto nacional, adquiere en aquellos momentos casi inapropiados, según nuestra ideología latina, una grandeza inesperada, al acorde formidable de las diez mil voces que lo entonan con orgulloso respeto...

Cuando termina, no hay lugar al aplauso. Sin un solo compás de espera, como si, en efecto, se quisiera amalgamar el espíritu patriótico de los dos países, la orquesta une la nota final del *God save the King* con la vigorosa acometida del *Himno de Riego*...

Este himno, antes de «Voces Cántabras» no se conocía en Inglaterra, no se había interpretado nunca públicamente...

¡Y cuán hermosamente sonaba este himno en aquel salón e interpretado por la magnífica masa orquestal! ¡De pie todo el público, escuchaba con la máxima atención y respeto las notas musicales que eran la voz oficial de la joven República española!

«Voces Cántabras» le canta con la orquesta... ¡Ay, cuán débil coro respondía al clamor inmenso que antes acompañaba el himno de Inglaterra!

Pero no está solo el pobre coro aislado en aquel mar de entusiasmos patrióticos... ¡Allá arriba, alguien canta también! ¡Sí! Esparcidos por las localidades de la inmensa elipse, hay españoles que unen sus voces a las nuestras. Los sentimos y miramos ansiosamente... Hay un lugar donde el canto es más claro y fuerte... Kennedy, un poco conmovido, se inclina y me dice:

—Allí... ¡En el palco de la Embajada!

Todos los «voces» miran allá arriba mientras cantan. ¡Y todos sentimos cómo es terriblemente cierto que, perdido en medio de la grandiosidad de la sala extranjera, hay un rinconcito de la Patria amada que nos mira y nos alienta con su voz antigua!

* * *

Pasó el momento diplomático sentimental. Tres hurras por Inglaterra; tres por España. Los aplausos han equivalido a las salvas de ordenanza. Ahora... cada mochuelo a su olivo; es decir: cada equipo a su localidad.

Pero, en realidad, sólo se retiran los Highlanders, los estudiantes de Man y las «Voces». Los demás equipos se quedan en la Arena, donde para dar una idea más acabada aún de la perfección matemática de las danzas, comienza el festival con una «Danza en Masa» (*Massed Dance*), en la que bailan el mismo baile cerca de trescientas personas. Se trata de una «Country Dance» o danza campesina, con varias figuras de las ya descritas en el festival de la Universidad. Y sólo podemos decir lo que lo vimos que, a los acordes de la orquesta, trescientas personas pertenecientes a más de veinte equipos diferentes ejecutaban los mismos movimientos con una precisión asombrosa.

A veces, la Arena, cubierta por los danzadores, parecía un descomunal farolillo de colores que se plegase y desplecase al impulso de una sola mano y al compás estricto de un aire musical.

El espectáculo era delicia de los ojos. Por lo que toca a «Voces Cántabras», jamás el asombro infantil ha tenido una expresión más conmovedora.

Ninguno parecía montañés de España (no olvidemos que estaban allí los montañeses de Inglaterra: los *highlanders*. Y no sabemos si ellos también se distinguen por su socarronería...). En el coro español había muchachos de varios valles del sur de la Montaña; de los más desengañados, socarrones y... «célebres». De los descritos por Pereda; de los que no tienen más defensa, en su ignorancia, que el refugiarse en esa misma ignorancia, convirtiéndola soezmente en arbitraria sabiduría. De los que no creen nada porque nunca vieron nada.

Pero en aquellos días la elevación del ambiente descubrió la hermosa calidad de la cantera; y yo estuve orgullosa de saber que mis montañeses son capaces de ponerse instantáneamente a tono y a nivel de las excelsas manifestaciones del Progreso. Tono y nivel que consisten precisamente en la comprensión y, por eso, en el asombro, porque con ello se demuestra cómo el espíritu se deja penetrar por la belleza de las cosas comprendidas en todo su valor. Y las frases infantiles, de sana franqueza, con que los «voces» saludaban cuantas maravillas iban apareciendo ante sus ojos, demostraron cuán alejado estaba ya su espíritu del «chiste» mefítico de las demasiado empobrecidas callejas «montañesas»... Quizás uno de los detalles que más contribuyeron a ganarse las simpatías que se ganaron estos «voces» en su breve estancia en Inglaterra fue aquel entusiasmo ardiente, sincerísimo y noble con que saludaban cuanto veían de hermoso; aquel ponerse en pie para aplaudir frenéticamente; aquellos ¡*bravo, bravo!* con que animaban el triunfo de los demás compañeros; aquellos abrazos que repartieron a *highlanders* y estudiantes de Man... ¡Aquel «pasma» inteligente cuando se «enteraron» de que en el folklore había algo de serio!

* * *

Pero he aquí nuestra hora: el programa lo dice:

«Voces Cántabras».—*Danza de Romancero...*

¡¡A la Arena, España!!

X

*A los lectores que todavía no me
hayan mandado al diablo.*

—¡Sin miedo! —dije yo por decir algo inútil.

El «Che», el mejor bailaror de Comillas, la tierra de los buenos bailarores, le brinda el toro a su pueblo:

—¡Como en San Pedro de Comillas!

Julián no quiere ser menos y honra a su aldea.

—¡Como en San Bartolomé de Ontoria!

Cubillos, que presume por catorce, se siente baturro de Cabezón, lo que equivale a ser varias veces baturro:

—¡Como en la Virgen del Campo!

Sanjuán, el melancólico del Coro, sacude su «neurastenia» para decir soberbiamente:

—¡Como «siempre», rediez!...

* * *

Se equivocó Sanjuán y se equivocaron todos. No como siempre, sino como nunca danzaron los «voces» en aquella noche memorable. La grandiosidad del recinto; la salva atronadora de aplausos con que se nos recibió en el *stadium* parecieron dar alas a los pies y gentileza desusada a las figuras de los montañeses. María Aguirre toca el tambor con la energía de una cantinera veterana y Sotero hace rugir al bígaro con los sonidos más espantosos que le es posible sacarle... Pero, señor. ¿Es así como ha sonado siempre este caracol marino...? No me extraña cómo al día siguiente un crítico del *Times* dice literalmente: «The sound of the drum and the primitivo horn-call, was not far removed from the ancient noise of wars, and stirred the blood...».

Sí; es cierto: el bramido del bígaro es un son terrible de guerra antigua que sacude la sangre...

Y antes que esta versión saliese impresa al día siguiente en el *Times*, la escribía el público con los signos de entusiasmo inacabable. Porque siempre se ha aplaudido entusiásticamente la *Baila de Ibio*, pero nunca en aquellas proporciones gigantescas. Hay algunos pasos en esa nuestra danza montañesa que son como meras transiciones de una a otra figura; pasos de indudable gallardía que gustan siempre, pero que no merecen especiales ovaciones, reservadas a las figuras más significativas o más gimnásticas.

Pero en aquella noche del Albert Hall se dio el caso de que la «cadena» y el

«corro» se aplaudían tan frenéticamente como «el escudo», el «puente» y la «retirada»... Se aplaudía tanto y de tan fantástica manera para nuestros oídos, jamás usados a tan atronadoras ovaciones, que en realidad acabamos por crecer un palmo de estatura... ¡Y si no díganlo aquellos doce montañeses, que eran unos sencillos mozos de regular estatura minutos antes y que, de repente, se convirtieron en doce atletas de olimpiada griega!

Los trece minutos que dura la «baila» transcurrieron en un continuo trueno de aplausos... Pero al final, cuando del trenzado de los palos surge la plataforma sobre la cual el capitán saluda, la emoción fue tremenda. Porque en vez de un saludo en palabras torpes, hablaron los gestos. Y el danzador español, de pie sobre el pavés, agitó en ambas manos las banderas española e inglesa... ¿Quién dijo eso de que el patriotismo, etc., etc.? Yo no sé si era el patriotismo u otro sentimiento aún más ancestral. Lo que sé es que con pena filosófica pude comprobar que aquel gesto provocó un alarido de entusiasmo vesánico y los aplausos fueron ahogados por millares de gritos de gente que se levantó de sus asientos como si la hubiesen aplicado una corriente eléctrica...

—¡Bueno! —pensé yo tristemente—. Esta danza será todo lo céltica que digamos los montañeses, pero lo más atroz es que despierta sentimientos desconsoladoramente célticos también. ¡Aun en Londres! ¡Quizá más en Londres que en el pueblo de Ibio, donde esta danza «ya» no significa nada ni sacude ningún sentimiento guerrero...!

Cuando al día siguiente la Prensa subrayaba el detalle del «*accompaniment to this war dance; a periodic call on a conch shell and the monotonous beat of a drum, produced a feeling of tragedy...*»^[7], si mi patriotismo pudo ser halagado en cuanto a la supervivencia de la bravura céltica, mi filosofía humanista sufrió una gran sacudida... Nada: está visto que los gestos bélicos continúan haciendo hervir la sangre de los espectadores... ¡Pobre Sociedad de las Naciones!

* * *

Y otra observación trivial. A mí no me gustan las «gracias» de los niños. A mi pesar, hay en «Voces Cántabras» una pareja infantil de bailarines, y eso porque sus padres lo quieren... ¡Qué digo lo quieren! Se «emperran» en quererlo, y cuando yo por algún acaso dispongo que se suprima el «número infantil», se resignan los infantes y sus papás, pero me miran con muy mala cara, como si dijeran: «Anda. ¡Lo que tú tienes es envidia, so mandona!».

Pues señor, confieso que en Londres volví de mi acuerdo, de mi prejuicio o de mi «envidia». En España, desde que los Quintero presentaron *El niño prodigio*, se desacreditaron los chiquillos precoces. Eso, unido a lo poquísimo que en España se considera a los chiquillos, sean prodigios o sean tarugos, ha tenido mi ánimo labrado mezquinamente. Aunque tengo en mi haber ciudadano el que yo siempre he dado

importancia a los chiquillos; pero otra importancia, no la del escenario...

Pues bien. En el *stadium* del Albert Hall se presentaron las dos pizcas que en «Voces Cántabras» se encargan de hacer la miniatura del baile montañés. Bailan muy bien, eso sí. Bailan como dos pirindolas, con gracia, fuerza y elegancia. Pero... ¡Pero son dos chiquillos, señor! Dos criaturas que cada vez que salen a escena yo me dedico a pensar en lo bien que estarían en la cama...

Pues nada. Aquellos dos niños que sobre el tapiz de la Arena del Albert Hall eran exactamente dos pulgas amaestradas, tuvieron un éxito loco, indescriptible, desproporcionado a mi juicio...

Porque el baile montañés «no es espectacular ni gimnástico», no llega a la brava gallardía alocada del «auresku» o de la «jota aragonesa»... Es más bien una adaptación sosaina de esos dos bailes... (Perdón, querido Manuel Llano. ¡Esto es sin intención de ofender a Tablanca ni a Cumbrales ni a Rinconeda!).

Pero... acaso me contradigo. Porque al hablar de este baile en la Universidad dije que «algo debía de tener»... Sí, algo tiene: la gracia con que se baile. Es «algo» que está siempre en el bailaror, pero no en la danza misma. Y ese algo es mucho más difícil de alcanzar que en otros bailes regionales, porque siendo bastante aplastado todo él, es preciso un carro de gracia para poderle dar lucimiento.

Bueno. Los críos debieron darle ese lucimiento corregido y aumentado, porque el teatro se venía abajo. Ya lo saben mis compañeros de agrupaciones folklóricas: los chiquillos son un éxito aquí y en Londres, y supongo que en Pekín y en Río de Janeiro... A cultivar, pues, el «criaje» folklórico, en el cual yo, hasta ahora, no confiaba maldita la cosa.

* * *

Y ahora, en los «bastidores» (salones y galerías del subterráneo), los refrescos, las visitas... Españoles de muchos lugares, periodistas, el personal de la Embajada y del Consulado que nos felicita... Pero las palabras del cónsul general quiero consignarlas...

—¡Teníamos miedo, sí! ¡Una actuación española popular y aquí precisamente! ¡En este teatro que conocemos como la meta del Arte mundial!... ¡Recordamos las amarguras sufridas cuando lo del fútbol y temíamos otro fracaso en otro sector nacional...! ¡Pero nos hemos «sacado la espina»! ¡Ha triunfado España y esta vez plenamente! ¡¡No doy la enhorabuena; quiero recibirla yo!!

—Pues falta algo emocionante: Los Picayos.

—¿Mejor que lo visto ya?

—No mejor; diferente. Es una escena religiosa.

—Lo que sea. Yo no temo nada; estamos orgullosos por esa sala los españoles...

* * *

Avisan.

—Si quieren ver la danza de Highlanders, ahora van a salir.

No queremos oír más. Salimos como rayos por aquellas galerías y arribamos a la tribuna cuando los escoceses están ya preparados en su «caja» de salida.

XI

A miss Violet Alford, sabia folklorista y gentil danzadora.

Delante, los tañedores de cornamusa...

Visten el traje «highlander» clásico: falda plegada a cuadros verde oscuro, con la característica bolsa adornada de crin de caballo; chaquetilla de terciopelo negro, medias cortas escocesas, zapatones de hebillas y montera con dos plumas rígidas y estrechas... Al hombro la cornamusa de tres fuelles y un puntero...

Entran en la Arena al son melancólico de una canción montañesa de melodía vaga para nuestros oídos, pero de indudable dramatismo. Al compás de aquel son añorante de una tierra lejana, marchan detrás los ocho soldados escoceses bailadores de la *Danza de las espadas de Argyll*...

La impresión profundísima que produjeron en su primera entrada, cuando el desfile general, se acrecienta ahora que están ellos solos en medio del inmenso *stadium* londinense...

Los soldados visten color diferente al de los tañedores de cornamusa. Su traje es el uniforme militar del Scottish Regiment de Londres: color caki embellecido por la calidad del tejido de lana, primorosamente plegada en las faldas y graciosamente dispuesta en las monteras. Gruesos jerseys de lana blanca se ciñen estrictamente a los torsos apolíneos. Las medias a cuadros caki en dos tonos dejan al descubierto las formidables rodillas de estos montañeses gaélicos.

No es fácil, no, expresar con palabras la gallardía única de este grupo de hombres que, portando faldas no mucho más cortas que las usadas hoy por las señoritas, dan, sin embargo, la impresión de una supervirilidad de extraña fortaleza.

Y ahora pensemos en que había allí hombres montañeses del norte de España, los socarrones de Pereda... ¿Qué dijeron a la vista de aquellas figuras, absolutamente nuevas en su ideología, como en sus ojos? Ni un solo chiste, ni una sola sonrisa de maliciosa ignorancia... Fue algo así como la revelación de una nueva estética; nueva precisamente por arcaica en la historia del mundo militar y que les demostraba «de visu» cómo el prejuicio de la indumentaria había creado un falso espíritu de virilidad en un falso simbolismo...

Y en los comentarios de los «voces», ahora por cierto sazonados con ligeras interjecciones aliáceas que se deslizaban en sus entusiasmos, escuché aquello de «¡Vaya unos tíos! ¡Eso es elegancia, y lo demás, habas cocidas!».

Marchan los escoceses llevando la espada desnuda al brazo, con militar rigidez. Sus movimientos tienen un duro hieratismo, desde la cabeza, erguida con gesto casi despectivo, hasta el pie, que hiere rítmicamente el suelo, con el retumbo de un tambor. Rítmica es la posada ondulación de sus marciales faldellines.

Pancho Vega, único «hombre de letras» que hay entre los «voces», enuncia la idea que me sugirió la vista de estos hombres durante el desfile:

—Son los soldados de la República Romana.

—Sí —corroboro concienzudamente—. ¡Con ese traje se venció en Farsalia!

—¡Y se fue vencido! Acuérdense de Pompeyo —corrige Pancho, honrándome como mi discípulo de Historia.

—¡Y en la Somce!

Pero no acabamos de sentar bien el comprobado heroísmo de las militares faldas cuando el equipo escocés se detiene en medio de la Arena. Cambia la música de las cornamusas y los soldados se dividen en dos grupos de a cuatro; levantan las espadas en alto como en un saludo y luego, reverentemente, las depositan en el suelo formando una cruz en el centro de cada grupo. Luego...

Un grito. Un alarido extraño que vibra salvajemente en el inmenso *hall* y que nos estremece con la presencia de algo misterioso...

Es el «ijujú» de los *highlanders*. El grito de las montañas de Escocia.

Al grito individual contesta el grito colectivo de los demás soldados, que levantan los brazos y comienzan a danzar pausadamente...

Danzan en parejas frente a frente, en la actitud general de nuestra jota. Las figuras tienen poca variedad en los cambios y el principal mérito debe estar en la agilidad y fortaleza del paso y en el trenzado de los pies. Danzan cada vez más rápidamente, alrededor de las espadas, sin tocarlas en las diversas figuras con que las bordean...

Me dice miss Alford que ésta es una danza de soldados, algo así como una «baila» de campamento. Pero no me explica su simbolismo, y los «voces» nos conformamos con el espectáculo bello de aquella danza y con imaginarnos el porqué de los gritos montaraces, cada vez más frecuentes y más violentos...

Es un grito siniestro, mucho más desgarrado que nuestro «ijujú»; más agudo y sobre todo más onomatopéyico; baste decir que semeja enormemente el grito nocturno del cáravo. Esto no le dice nada al montañés que no haya escuchado el lamento horrible del cáravo en los montes. En cambio, el que se haya estremecido con ese grito lúgubre, que parece una llamada del otro mundo, comprenderá el efecto desconcertante que en nosotros produjo el alarido de los soldados escoceses danzando alrededor de unas espadas en tierra... Es una danza ritual, desde luego, pero... ¿cuál es su simbolismo? Acaso una velada de armas antes del combate; acaso una danza en honor de los muertos en guerra; acaso también es sencillamente una diversión soldadesca alrededor de las hogueras... Pero ¿y los gritos? Siempre queda el misterio de aquel lamento desgarrador, tristísimo y potente, que rasga el aire cada vez con más frecuencia, hasta que se convierte en un alarido general, mientras los danzadores recogen rápidamente sus espadas... ¿Simbolizará entonces ese grito el alerta constante en medio de la orgía militar?

Nada supimos nosotros, y acaso tampoco ellos lo sabían exactamente, puesto que la danza se llama sencillamente *Danza de las espadas de Argyll*...

Aún nos duelen las manos de aplaudir a los Highlanders, que acaban de desfilan por la Arena, con su marcialidad romana, cuando ya bajan por la escalinata de la tribuna los danzadores de «Running Set»...

La orquesta ataca un aire de baile muy rápido; los violines despliegan un diluvio de semifusas en un *allegro* inquieto...

Se trata de una danza del folklore norteamericano, recogida por Mr. Cecil Sharp y Miss Maud Karpeles en el sur de los montes Apalaches. Tiene el mismo sello de baile de sociedad que ostentan los demás bailes ingleses folklóricos, pero, en este caso, la rapidez del aire musical presta a la danza un carácter especial de agilidad y precisión. Las figuras se suceden sin descansos intermedios, versando todas ellas en una cadena que se arrolla y desarrolla en un ritmo que, apresurándose cada vez más, acaba por ser casi alocado...

Caballeros y damas hacen alarde de agilidad y de resistencia; la danza es de la duración suficiente para poner a prueba de vértigo la cabeza más firme y el estómago más ajeno a la dispepsia...

Pronto, entre las parejas, observo una de conocida silueta, que danza con excepcional elegancia... Precisamente en este momento se cogen ambos de las manos y se lían a dar vueltas como en el infantil «molinete».

Me vuelvo a Rosa Barragán:

—Pero, ¿aquél es Mr. Kennedy?

—Sí, y la que baila con él es su mujer.

Yo tomo aire a todo pulmón... ¡Vaya, queridos matrimonios españoles, serios como recibos al cobro, que así como os cae encima la Epístola de San Pablo parece que os atropelló un camión de ocho toneladas!... ¡Ahí tenéis a esa pareja inglesa danzando el «Running Set» como dos chiquillos! ¡Un matrimonio modelo de hogar ciudadano, donde se cultivan la ciencia y el arte; donde dos magníficos muchachos de dieciséis y doce años, respectivamente, estudian sus grados académicos bajo la vigilancia de sus ilustres padres, sanos, fuertes y alegres!

Alguna mamá de las que me lean (¡vamos!, de esas que me lean... ¡a pesar de eso que dicen por ahí de mis predicaciones sobre el amor libre!...), alguna de esas mamás se escandalizará acaso de esa danza folklórica de los señores Kennedy...

Y yo me permito decirla, con todo respeto: los Kennedy y cuantos ilustres profesores y folkloristas danzaron aquella noche en el Albert Hall, tienen razón, y usted, querida señora, no la tiene. A los hijos hay que dejarlos algo más que dinero; hay que dejarlos el recuerdo de una infancia alegre. Los padres tienen una obligación principal, que es la que más se descuida: la obligación de hacer felices a los hijos. Ya que los trajeron al mundo sin consultarlos, por lo menos no los entristezcan. Y para que los hijos sean felices, tienen que serlo los padres. La alegría es una disciplina

social; acaso la más trascendental de todas. Alegría sana en el hogar es preservativo de vicios negros... ¿No habéis pensado nunca en que esos niños que huyen de su casa, que buscan compañías malas, que quieren vicios prematuros, lo hacen escapando precisamente de las rarezas del hogar paterno? ¿Un hogar donde reina una austeridad macabra, un malhumor constante, una reprimenda sempiterna? Yo y vosotros habéis conocido infinidad de hogares donde los padres no hablan con los hijos más que para reñirlos o, lo que es peor, para contarles las penas, las dificultades económicas y todos los males que sobre la casa caen o amenazan caer. ¿Verdad que es horrible el recuerdo de una niñez amargada por el odio y la tristeza de unos padres que hacen gala de su desengaño y de su fracaso?

Insisto. La alegría es una disciplina social como otra cualquiera. Y el mal humor de que hacen gala padres y madres es sólo un egoísmo del que no se toma el trabajo de hacer el más leve esfuerzo por la felicidad de los niños...

Y basta de reprimenda, queridas mamás entristecidas por vuestra propia falta de educación sentimental. Sólo quiero deciros ya que, así son las fórmulas de la urbanidad y de los sentimientos, así la práctica de la alegría, aunque sea fingida, acaba por formar una segunda naturaleza, alegrando de veras el ánimo de la gente buena y piadosa que no quiere entristecer a nadie a su alrededor.

¡Ah! Sin olvidar que, científicamente, se ha observado cómo el cáncer se ceba de preferencia en la gente taciturna, triste y avinagrada. ¿No lo sabíais? Pues ya lo sabéis, mamaítas. ¡Todo el mundo a bailar el «Running Set»! O la jota o el *Vals de las Olas*! Y cuando los chiquillos merezcan dos tortas, se las dais, claro está, pero en seguida... ¡seguid danzando y cantando lo más folklóricamente que podáis!



MATILDE DE LA TORRE (España, 1884 - México, 1946). Hija de Eduardo de la Torre y Ana Gutiérrez Cueto, perteneció a una familia hidalga de tradición liberal y clase media. Su padre era notario de Cabezón de la Sal. Su abuelo fundó el periódico *La Abeja Montañesa* en 1856, y su tío Enrique El Atlántico, en 1886. Además, era prima-hermana de la pintora santanderina María Blanchard.

Herederera, por tanto, de la afición por la escritura, se estrenó en el mundo de la literatura con la publicación, en 1917, de su primera obra, homónima de una pintura de María Blanchard, *Jardín de damas curiosas: epistolario sobre feminismo*. A partir de entonces, comenzó a escribir diversos ensayos, entre los que destacan *Don Quijote, rey de España* (1928) o *El Ágora* (1930), en los que elogiaba el régimen político de la Restauración, la corriente del regeneracionismo, y autores como Ortega y Gasset.

En los años veinte, Matilde de la Torre fundó la Academia Torre en Cabezón de la Sal, en la que comenzó a emplear los principios de la Institución Libre de Enseñanza de educación integral. En 1924 fundó las Voces Cántabras, un coro de canto y danzas populares de Cantabria. En ella, desempeñó una importante labor de recopilación y recuperación de tradicionales danzas y canciones de Cantabria, como la *Baila de Ibio* o *El romance del Conde Lara*. Llegó a participar en el festival folklórico de la English Folk Dance en 1932.

Con el fin de la dictadura de Primo de Rivera, se afilió al Partido Socialista Obrero Español en 1931. En 1933 y 1936 fue elegida diputada por el PSOE por la

circunscripción de Oviedo en las elecciones a Cortes, siendo una de las cinco únicas diputadas. Periodísticamente, alcanzó la cima de su producción, con colaboraciones en *El Socialista* y *La Región*. También de esta época es la novela *El banquete de Saturno*, del año 1931.

En la guerra civil ocupó la dirección general de Comercio y Política Arancelaria en los gobiernos de Largo Caballero hasta mayo de 1937.

La derrota del bando republicano en la Guerra Civil le obligó a exiliarse a Francia. Allí publicó, en 1940, *Mares en la sombra*, en la que relata su dramática visión de la guerra en Asturias. También colaboró en *Norte*, la revista editada por Julián Zugazagoitia que servía de órgano de expresión a los negrinistas.

En la primavera de ese mismo año se embarcó en el barco *Cuba* con destino a México desde Burdeos, donde seis años después, el 19 de marzo de 1946, falleció siendo enterrada en el panteón español. Perteneciente a la facción negrinista del PSOE, fue expulsada del partido en abril de 1946 junto otros partidarios de Juan Negrín pertenecientes al *Círculo Jaime Vera* de México. En el XXXVII congreso del PSOE, celebrado en julio de 2008, fue readmitida simbólica y póstumamente en la disciplina del partido junto a otros 36 militantes, encabezados por Negrín. El acto de la entrega de carnés se celebró el 24 de octubre de 2009 en la sede central del PSOE en Madrid.

Notas

[1] *shake-hand*: Saludo, sacudida de manos. (Nota del editor digital) <<

[2] *Breakfast*: Desayuno. (Nota del editor digital) <<

[3] *Morris Dance*: La danza Morris es una danza tradicional inglesa, acompañada por música, que formaba parte antes de las procesiones y otras fiestas que celebraban alrededor del mes de mayo. Se basa en un andar rítmico y en la ejecución de figuras coreografiadas de un grupo de bailarines. Se implementa con palos, espadas o pañuelos, aunque también puede ser ejecutada sin estos elementos. (Nota del editor digital) <<

[4] *Country Dances*: Danzas campesinas. (Nota del editor digital) <<

[5] *Sword Dances*: Danzas de espadas. (Nota del editor digital) <<

[6] *Highlander*: palabra inglesa que significa «de las tierras altas», en ocasiones traducido como «montañés», en referencia, en este caso, a las montañas escocesas. (Nota del editor digital) <<

[7] «el acompañamiento de esta danza guerrera; la reiterada llamada del bígaro y el monótono ritmo del tambor, produjo una sensación de tragedia». (Nota del editor digital) <<